

quesa que quedó de repente herida como por un rayo cuando aquella acabó de pronunciar sus crueles frases.

Un anonadamiento profundo iba apoderándose de ella; una losa de plomo le parecía que pesaba sobre su cabeza, y no se atrevía á levantar los ojos, porque la desesperacion le fingia en torno suyo seres implacables, que, señalándola con el dedo, publicaban con cien gritos la culpa que era causa de cuanto le estaba sucediendo.

Tenia fija la mirada en el rostro del niño, y una vez, haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza, como si se atreviese á arrostrar las iras de aquella multitud irónica y burlona que la imaginacion exaltada le fingia.

Entonces, viendo que todo habia sido vana creacion de su espíritu, lanzó uno de esos suspiros que tanto revelan y que no pueden contenerse.

Este suspiro, que más bien parecia un gemido, fué sonoro y prolongado.

Cualquiera al oírle hubiera creído oír el sollozo del náufrago, que, después de luchar contra las olas desesperadamente por alcanzar la orilla, logra llegar á ella por fin y descansa de sus terribles fatigas.

A Emilia se le figuró que de aquel suspiro no se habia apercibido nadie.

Emilia se engañaba.

Ya sabemos que la ventana junto á la cual estaba sentada la jóven era bastante baja, y al pié de ella andaban los viajeros esperando á que fuese mudado el tiro, conversando unos con otros.

Pero esta vez los inquilinos del coche, en su mayor parte, como ya hemos visto, se habia desparrramado por los verdes

campos que la primavera llenaba de rocío y de luz, y solo uno de ellos, pensativo y silencioso, estaba parado junto á la ventana, y habia oído distintamente, primero algunas palabras de las que pronunció la marquesa, y después el sentido suspiro de la pobre Emilia.

Este viajero no era otro que el doctor Leblak

Aquello le impresionó y hubo de interesarle.

Alzó la cabeza, y como no hubiese visto á nadie en la ventana, al punto demostró en su rostro deseos de saber quién era la que sufría; pues por más que lo mismo el dolor que el placer se manifiesten por suspiros, á cualquiera le basta oír uno para saber cuál de estos dos sentimientos es el que le inspira.

Sabemos que Leblak es un doctor norte-americano.

La cualidad de doctor parece que da cierto derecho á dirigirse resueltamente hácia todo el que sufre. El sufrimiento es una enfermedad como otra cualquiera.

En un viaje, y sobre todo en un pueblo pequeño y sin recursos, este derecho se convierte en deber.

Si estas parecieran todavía pocas razones para explicarnos la decision que Leblak tomó, sin duda alguna hallaríamos otra circunstancia atenuante recordando su cualidad de viajero norte-americano.

Leblak entró en seguida en la casa, y precisamente en aquel momento Rafaela, que acababa de hablar con la marquesa, con un aire de amargura impreso en su rostro, se preparaba á subir á las habitaciones del primer piso en busca de su huésped.

El doctor, sin preámbulos de ningun género, dijo decididamente á Rafaela, á quien logró detener unos instantes:

—¿Se sube por aquí al sitio donde está la enferma?

Rafaela se quedó parada sin saber qué contestar.

Pero dibujóse en su semblante un gesto que equivalía á decir:

—¡Si no se explica Vd. más...! ¿De qué enferma me habla? ¿Cómo sabe Vd. si hay alguna arriba?

El doctor comprendió este gesto en toda su significacion y añadió:

—¿No hay arriba una mujer? ¿No hay una mujer enferma? Pues yo soy médico; quiero verla antes de que parta el coche.

—¡Ah! ¿Es Vd. médico? ¡Cuánto me alegro! ¡Suba usted, pues! Arriba hay una jóven que ha venido esta mañana; la han encontrado desmayada aquí cerca, en la bajada de Onton; pero enferma no creo que esté; sin embargo, á mí me da mucha lástima; parece que sufre mucho, en fin; suba arriba, señor médico, ¡tenga cuidado de no tropezar en estas endiabladas escaleras! ¡Por aquí! ¡Suba por aquí! ¡Yo iré delante! ¡No me ha dicho que necesite medicina ninguna! ¡Entre Vd.!

Rafaela, al hablar así, subía las escaleras guiando al doctor, y por fin, entrando en la habitacion donde Emilia se encontraba, la que á la sazón cubría su rostro con un pañuelo medio bañado en llanto, exclamó:

—Aquí la teneis.

Emilia levantó la cabeza, no sin cierto aire de sobresalto.

Leblak avanzó serena y friamente hácia ella, manifestando más y más su aire observador y atento.

En el rostro de Rafaela se pintaba la más viva curiosidad.

Emilia, llena de extrañeza, miraba al viajero, sin saber qué pensar ni qué decir.

Rafaela rompió el silencio diciendo á la jóven:

—Es un médico, que ha venido en la diligencia y queria verla á Vd.

Mientras Rafaela pronunciaba estas frases, pudo Emilia notar en el frio y pálido rostro de Leblak una trasformacion repentina y profunda.

Pero era una trasformacion que se inclinaba hácia la alegría, que manifestaba algo sorprendente y agradable.

De vez en cuando el doctor parecia querer hablar y temerlo al mismo tiempo.

Todas las indecisiones apoderábanse de él y no acababa de tomar un partido.

Las dos mujeres estaban cada vez más atónitas.

El doctor miraba á Emilia como si recordase haberla visto en algun sitio; pero ella, por más grandes que eran los esfuerzos de su imaginacion, no recordaba haber visto á Leblak nunca.

¿Cuál seria, pues, la causa de aquella atencion profunda, de aquella sorpresa, de aquel recuerdo tal vez?

Oigamos las primeras palabras que se escaparon de los labios del doctor.

—¡Cualquiera diria...! pero... ¡si soy un loco! exclamó con cierto aire de enfado; dispéñeme Vd., jóven, continuó; encontraba en Vd. cierto parecido con... pero á Vd., ¿qué la importa? Vd. me dispensará ¿no es cierto? el haber estado observándola de la manera descarada que lo he hecho. Vamos al asunto; la he oido á Vd. desde abajo suspirar, y en su suspiro he conocido en seguida que Vd. padece.

—¡Oh! ¡Dios sabe lo que padezco!

—La medicina será una ciencia incompleta mientras no tenga medios de curar las enfermedades del espíritu como las del cuerpo; pues las del espíritu, por más que algunos crean, son mucho más numerosas y más terribles que las otras. ¿Quién puede negar, jóven, que Vd. está enferma? Yo creo que un médico no debe contentarse con saber recetar medicamentos que se adquieren en la botica. En mi opinion, la ciencia debe elevarse más; el médico debe procurar combatir los dolores morales igual que se combaten los materiales. Y como un médico debe ser para un enfermo lo mismo que un confesor, á quien nada debe ocultársele, pues de él depende tal vez nuestra salud, que es nuestra vida, no dudo un momento que me confiará Vd. la causa de su dolor, sea cual sea, pues un hombre de mis circunstancias de nada se asusta; mi único objeto es curar su enfermedad; ¡dichoso yo si puedo lograrlo! Recorro el mundo aliviando en cuanto puedo á todos los pacientes que encuentro al paso; he estudiado y he observado mucho para ello; viajo con ese fin; perdí muy pronto las ilusiones de mi vida y esta es la última que me ha quedado: hacer todo el bien que pueda.

Estas palabras dieron á Emilia cierta confianza, pero dijo á Leblak con amargura:

—¡Mi enfermedad no la puede curar Vd.!

—Mucho asegurar es eso; algunas bien grandes he cortado de raiz, algunas que parecian invencibles.

—Pues bien, no me importa decirle á Vd. lo que todo el mundo sabe y lo que todo el mundo me echa en cara.

Y despues que Emilia exclamó así, lanzó al doctor una mirada mucho más elocuente que todas las palabras que hu-

biera podido exhalar de sus labios, y que revelaba el poema de sus dolores.

El doctor la comprendió en toda su significacion.

Despues Emilia dijo con aplomo y con esa serenidad y firmeza que á veces da la desesperacion:

—¿Hay médico, por muy sabio que sea, capaz de curar las heridas de la honra?

Leblak inclinó la frente con severidad.

—Sí, le hay, contestó con más oplomo aun que el que la jóven habia dado á sus frases.

—¡Si fuera cierto! exclamó Emilia con incredulidad y resignacion á la vez.

—Le repito á Vd. que le hay. Pero así como para que un enfermo cure es necesario que use las prescripciones que el facultativo le marca, así tambien si Vd. quiere curar su herida es preciso que acepte el consejo que le voy á dar. Los consejos son las medicinas del espíritu.

— Pues seguiré su consejo de Vd. siempre que me asegure que podré curar. ¡Ay! ¡loca de mí! ¡pensar en eso...!

—Creo que adivino en todos sus detalles la enfermedad de Vd. mejor que Vd. misma; ¿á ver? A Vd. la abrumba el mundo con la vergüenza, ¿no es cierto?

—¡Oh! ¡sí! ¡no solo me abrumba; me mata!

—A Vd. el ócio del mundo le traspasa el corazon y sienta Vd. á veces ganas de ocultarse, si le fuera posible, debajo de la tierra.

—¡Oh! ¡está Vd. leyendo en mi alma!

—Pues esa vergüenza y ese abatimiento de que está Vd. dominada, á causa de la implacable crueldad de una sociedad necia é hipócrita, que en lugar de ayudar á un desdichado á

que olvide su desgracia goza en recordársela y en atormentarle con ella... ese rubor que le colora las mejillas y que le hace bajar la vista al suelo, me indica que tiene Vd. un corazón vírgen y sensible y que curará Vd. bien pronto del mal que hoy le aqueja. Le dirán á Vd. que todas las iras del cielo caerán sobre su frente y que su falta es de esas que manchan para toda la vida; se le habrá echado á Vd. de todas partes como si dañara su contacto; se le habrá pintado á Vd. un Dios rencoroso con los culpables, un Dios que nada perdona; se le habrá dicho á Vd. que está maldita por Dios y por los hombres...

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! pero ¡cómo comprende Vd. mi dolor! ¡Vd. sabe sin duda quién soy yo! ¿Le ha dicho á Vd. algo la marquesa que acaba de salir de aquí?

—No... es la primera vez que la veo á Vd.; solo sé lo que su mirada y su amarga expresion me están diciendo. Además, su historia de Vd. es la historia de muchas desgraciadas... vienen al mundo entre tinieblas, y como no ven ni conocen el sitio por donde caminan, caen en cualquiera de los abismos que se abren á sus plantas entre la densa sombra... ¡Ah! enmedio de todo, Vd. ama extraordinariamente á su hijo, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡es mi vida, es mi aliento!

—Pues yo le aseguro á Vd., y nadie será capaz de convencerme de otra cosa, que una mujer que ama á su hijo, sea cualquiera la situacion á que la fatalidad le arroje, es honrada... pero mucho más honrada que esas damas que por honradas se tienen, y cuya reputacion de virtuosas la fama pondera, y sin embargo se pasan los meses enteros sin acercarse á la cuna de sus pequeñuelos que duermen el sueño de los

ángeles, y luego cuando son mayores los entregan tal vez á ser educados por extrañas personas y en lejanos paises.

—¡Oh! ¡qué consuelo da Vd. á mi pecho!

—Sí, jóven; Vd. ama á su hijo, y la llama del amor, mucho más cuando este amor es el de madre, lo purifica todo y logra que ese Dios del terror con que la amenaza el mundo se trueque para Vd. en el Dios de la piedad y de la misericordia. Siga Vd. amando hasta el delirio, y á cualquiera que se atreva á echarle á Vd. nada en cara, respóndale con energía que una mujer que ama á su hijo es honrada; desprecie Vd. al mundo que la desprecia. Precisamente en cuestiones de conciencia nada tiene el mundo que enseñar al más ignorante. Ella es la ley á que deben sujetarse nuestras acciones; la de Vd. está tranquila, lo sé; no hay que bajar la frente ante el martirio; tenga Vd. firmeza; esta vida es una lucha perpétua; el que cae tiene que trabajar doble para volver á eruirse; este martirio que Vd. está sufriendo no dude que cada dia la hace más digna de Dios y más superior á esa vil sociedad que la humilla, y que no es capaz de abrigar el sentimiento del perdon.

Quedó la jóven como deslumbrada por cierto asombro y le parecia un sueño todo aquello que estaba escuchando.

Despues que comenzó á descender por el pendiente camino de la desgracia, era aquella la primera vez que frases tan consoladoras habian resonado en sus oidos.

No acababa de creer cuanto veia y oia.

Lo cierto es que aquellas palabras firmes y profundas, que cada vez más acentuadas salian de los labios de Leblak, habian dado á su espíritu cierto reposo y borraron por completo la amarga impresion que en ella habian dejado las horro-

rosas palabras de la marquesa. Leblak rebosaba de satisfacción al observar atentamente la benéfica obra llevada por él á cabo en el alma de aquella desgraciada.

El caso es que en un momento aquel infierno que Emilia sintió estallar en su corazón se había convertido en un claro cielo sin nubes, iluminado por la dulce luz de un alba risueña y consoladora.

Rafaela permanecía como una estatua contemplando aquel cuadro.

Suspensa, atónita é inmóvil, cortado el aliento, no se atrevía á despegar los labios.

La mayor debilidad es la ignorancia. Es la debilidad sin conciencia: hé aquí su principal peligro.

¡Cuántas almas de esta manera débiles flotan en el vacío de la tinieblas, prontas á seguir el impulso de cualquiera corriente, de cualquier ligero soplo que venga de cualquier lado! El alma de la mujer flota así casi siempre.

La mujer sabe que tiene á su lado dos caminos; el del bien y el del mal, á la derecha ó á la izquierda; en derredor mucha sombra densa y difusa; tiene el convencimiento de que hay que marchar; nada distingue un camino del otro; allí la fatalidad reina.

Hay que decidirse; llega un supremo instante, y ¿qué hacer? ¡Dejarse llevar de cualquier impulso! Unas veces da en el camino que conduce á la luz. Otras en la senda que lleva al centro de la oscuridad; la última voz que en su oído ha resonado es *por aquí ó por allí*, y por *este ó el otro* sitio ha echado á andar.

Después, el mundo espectador se prepara á presenciar el éxito.

Que la mujer triunfó; todos dicen: *¡ensalcémosla!*

Que la mujer se perdió en la noche que la rodeaba; y se escucha por todas partes: *¡señalémosla con el dedo!*

Para la una la gloria, y para la otra la pena.

¿Qué ha hecho la una más que la otra? ¡Dejarse llevar de la última ráfaga! Una pena y una gloria sin conciencia del hecho que las motiva; ¿hay algo más horrible?

Y después ya no hay nada que tuerza el fallo del destino; la que triunfó, libre está para hacer cuanto le plazca; ¡ay del calumniador que se atreva á lanzarle una injuria!

¡Infeliz de la que se perdió entre las tinieblas de la ignorancia! ¡ya ha caído sobre ella el interminable tormento...! Si derrama una lágrima, aquella lágrima revela un delito; si muestra una sonrisa en sus labios, aquella será una sonrisa liviana; si va de un lado á otro, conviene tener cuidado con ella; si pasa rozando con vuestro brazo, debéis volver á otro lado la cara; si es un día conducida á la cárcel, ¡tanto mejor! más sosegada quedará la sociedad; si entra en un pueblo y se la consiente, es con repugnancia; si se va, ¡bien ida sea! si va pobremente vestida y la rodea una miseria espantosa, y se la ve inclinar la frente meditabunda, ¿qué si nuestros proyectos fraguará en su desesperación? ¡Infeliz! ¡no intente jamás volver á levantarse si no tiene valor para sostener un combate terrible!

Estas reflexiones que acabamos de hacer, que no están fuera del caso, indican una de esas pausas elocuentes que hicieron las dos principales personas que sostienen esta escena.

Tal vez fueron estos algunos de los pensamientos que en la mente de Emilia, ó en la de Leblak, se agitaron.

Pero... aquella animacion alegre que se notó en el semblante del doctor, cuando hubo visto por primera vez á la joven, volvia á apoderarse de él.

Sus ojos brillaron con viva expresion, que demostraba una curiosidad extrema, una curiosidad que le absorbia por completo.

Cualquiera hubiera asegurado que no era el primer dia que Leblak se encontraba con la protagonista de nuestra historia.

Perdió la gravedad acostumbrada y se acercó con rapidez á su interlocutora, clavando en ella sus ojos.

Se disponia á hablar y el asombro de Emilia crecia por instantes, cuando la voz ronca y desagradable del mayoral de la diligencia gritó desde afuera:

—¡Al coche!

Aquel aviso pareció herirle á Leblak.

Vino á tiempo en que el doctor se disponia á decidirse.

En la abstraccion que á todos dominaba, ninguno habia reparado siquiera en el ruido del nuevo tiro al enganchar, ni en el rumor ni las voces de los viajeros que ocupaban sus asientos.

La casualidad habia hecho que el mayoral diese su aviso precisamente cuando iba tomando más interés el asunto.

¿Qué es lo que Leblak iba á decir?

Pasó por la frente su mano derecha, y separándola luego con brevedad, y con aire de quien tiene poco tiempo y se resuelve á aprovecharlo, exclamó vivamente:

—¿Es Vd. española?

—Sí; he nacido á tres leguas de este pueblo, respondió Emilia manifestando extrañeza.

El viajero quedó como confuso y burlado en su esperanza. Sin embargo, persistia en su idea, pues volvió á interrogar:

—¿Cuántos años tiene Vd?

—Veintitres.

—¿Ha conocido Vd. á su padre?

—¡Sí! ¡ya ha muerto!

—¿Ha estado Vd. en América?

—No, nunca.

Leblak con aire de enfado volvió á erguirse, y recobrando su severidad murmuró entre dientes:

—¡Si soy un necio! ¡cómo ha de ser ella! pero ¡se parece tanto á María!

Emilia le miraba con más extrañeza cada vez.

El mayoral volvió á repetir con voz más ronca y desagradable su aviso.

Rafaela se acercó á la ventana y despues de haber mirado abajo se volvió hácia el doctor y le dijo:

—¡Baje Vd. en seguida! ¡es el único que falta!

—No olvide Vd. mi consejo nunca, dijo Leblak á Emilia con interés.

—Lo haré como Vd. me lo dice; ni á Vd. tampoco le olvidaré jamás; me ha hecho un bien con sus palabras. ¡Oh! ¡no sé cómo pagarle el consuelo que me ha dado! ¡Embriagada en mi amor olvidaré mi desgracia! ¡Trabajando sin cesar procuraré hacer más llevadero nuestro desamparo!

Leblak partió.

Antes de salir de la estancia lanzó á Emilia una mirada propia de quien no quiere resignarse á los fallos del destino.

Tenia la evidencia de que no era aquella la mujer que él

creía, y sin embargo, se rebelaba contra esta verdad.

Rafaela y Emilia pusieronse á la ventana á ver marchar la diligencia.

Antes de subir á la berlina se volvió Leblak hácia las dos mujeres y dijo:

—Por si de algo llevo á servirles á Vds., les diré quién soy; el doctor Renato Leblak. No tengo punto fijo de residencia; siempre ando viajando de un lado á otro. Pero este invierno pienso pasarlo casi todo en Madrid.

Emilia seguía mirando á aquel hombre con cierta veneración.

Un momento despues, marquesa, doctor, mayoral, diligencia, todo se perdía entre una nube de polvo.

CAPITULO X.

Una mujer puesta al azar

La noche está estrellada; es una de esas noches primaverales en que parece que cierto aroma está difundido por el espacio y cierta dulce claridad baña los cielos.

Por ningún lado asoma una nube.

Las estrellas centellean como llamas que agitará el viento.

Hay noches así, que sin duda deben estar destinadas á consolar á alguno que sufre.

La naturaleza toda adquiere doble vida.

Si camináis solitario, las ramas de los árboles que sobresalen levemente por un lado y otro de vuestro camino se os figurará que son brazos amigos que hácia vosotros se tienden para estrechar vuestras manos con las suyas...

La alta yerba se asemeja á blondas cabelleras que halaga la brisa con dulzura...

El reflejo de las estrellas en las lagunas os fingirá miradas de seres que os contemplan con cariño...

La respiración de alguno que os acompaña y os protege sentís deslizarse entre el vago ambiente...

Despues que vuestro espíritu ha sufrido una gran sacudida por nada cambiaríais estos consoladores instantes.

Habrá pocos placeres comparables con el del que ve formarse la última capa de cicatrizacion de una herida que ha estado afligi ndole con inclemencia.

Cuando esta herida est  en el alma,  ay!  qu  placer le iguala entonces!

Parece que en vuestro corazón rebosa la vida y se desborda por todos lados.

La luz de un porvenir sereno os deslumbra y hasta os ciega.

Emilia sentia por primera vez estas agradables impresiones.

 Qu  cambio habian hecho en ella las palabras del doctor!

Más de una vez le bendijo, y comprendió que la suya era la voz de la verdad.

Por otra parte, la bondad y el afecto con que habia sido recibida en aquella casa...

Además, la hermosa noche...

Unido   esto, un niño que sonreia...

Todo ejercia en ella tal influjo que podia v rsela casi tranquila, casi serena, con su criaturita en brazos, sentada en un banco al aire libre, junto al camino real y al lado de Rafaela, con quien hablaba.

—Es preciso que acabe Vd. de relatarme su historia, dijo por fin la alcaldesa   su hu speda.

—S , señora; puede decirse que no he hecho nada más que empezarla.  Es tan larga, á pesar de mis pocos años! Se la contará   Vd. brevemente, amiga mía.

—Iba Vd. diciéndome antes su sorpresa y sus impresiones de aquel día en que se encontr  con que su compañera la habia abandonado, y Vd. se quedó completamente sola.

— Ah!  s !  Qu  terribles fueron para mí aquellos primeros días de soledad y aislamiento! Llor  mucho y pens  más.  Qu  seria de Teresa...!

En cuanto á mí, no tenia ningun temor; cada vez iba trabajando más y daba más gusto en las casas para que cosia; procur  consolarme diciéndome: «Acaso mi amiga sea feliz, puesto que siente amor, y todo el mundo está conforme en que el amor es la felicidad.» En efecto, en seguida me consoló. « Acaso es ella,   soy yo quien ha quedado sola?» pensaba, y entre tanto trabajaba, trabajaba más cada día; algunas veces echaba de menos   mi compañera; entristeci me algunos días al sentarme   comer sola, y más de una vez al acostarme, acordándome de que ella no estaba all , sentia miedo. Pero, en fin, yo borraba en mi mente estas ideas, bien tarareando canciones que ella me habia enseñado, bien entablado conversaciones con las frescas flores y el revoltoso pajarillo,   bien pensando en el amor, que como estrella esplendorosa vislumbraba en medio de mis sueños; el caso es que iba pensando en esto más de lo que yo me figuraba y soñaba más acaso de lo que yo misma queria; estos sueños llegaron á convertirse en una bella esperanza; la realizacion de esta esperanza se troc  por fin en una necesidad; ya sentia temblar mi corazón agradablemente, aunque con no s  qué temor, cuando al salir   la calle oia murmurar con cautela   mi oido: «Hermosa,  si Vd. me quisiera!» Desde aquellos instantes perdí la paz de mi alma; ya para mí no existia nada más que aquella luz que bañaba en su resplandor mis pupilas; la señora Basilia, mi pueblo, mi encuentro con Julia, el recuerdo de Teresa, mi soledad, todo, todo eso se habia desvanecido en mi mente; comprendí que el corazón, que

hasta entonces habia visto siempre turbadas sus risueñas alegrías, podia ser dichoso; el alma entonces desplegó en toda su fuerza las alas; me entró una especie de delirio; dormía poco; ya no suspiraba, ya no lloraba, pero á todas horas el mismo pensamiento estaba esclavizándome; durante varios dias observé que un mismo acento murmuraba tenaz á mi oido: «Oh, si Vd. me quisiera tanto como la quiero!» Yo siempre que escuchaba á mi lado frases por este estilo sentia ardérseme el rostro, bajaba al suelo la vista y apretaba el paso; jamás alcé los ojos para ver á los que me hablaban; sin embargo, un dia de los que oí aquel acento conocido noté que quien me hablaba se quejaba de mi desden; tales cosas me dijo, que casi me convenció de que yo cometia una falta; al fin vencí mi vergüenza; alcé en mal hora mis ojos y tropecé con una mirada ardiente que se clavaba en mí; ¿para qué le he de decir á Vd. más? El sueño se realizó!

—Es natural; en vano seria oponerse al impulso de la naturaleza; de nada serviría querer comprimir en sus latidos al corazon.

—¡Razon tiene Vd! Aquí donde empieza mi ventura es donde tuvo principio mi desgracia; yo no sabia lo que me pasaba; andaba por un camino desconocido y nada dejó de lograr de mí aquel hombre fanesto; sus palabras de amor, sus protestas de cariño, todo lo creia yo como una tonta; yo estaba embriagada y ciega, y jamás tuve la más ligera sospecha de que aquel vasto cielo brillante que se desplegaba ante mis ojos pudiera oscurecerse por ninguna siniestra nube; él parecia adorarme; llamábase Alberto, y este nombre, que se grabó en mi corazon; siempre estaba asomando á mis labios; iba á mi casa, y yo conocia sus pasos desde que empezaba á

oir el más leve rumor; ya no me gustaba salir á la calle; solo lo hacia cuando tenia absoluta precision; ¿á qué habia de salir si para mí ya no habia más mundo que mi amor? Yo era dichosa; ¡oh ráfaga de ventura, tan pronto desvanecida! De repente empecé á sentir sérios temores de que aquel hombre me engañaba; conocí que mis palabras, que le encantaban en un principio, le eran enfadosas y le cansaban ya; ya no iba tan frecuentemente á verme y las disculpas reemplazaban á las visitas; conocí que las frases que salian de sus lábios no eran dictadas por el sentimiento y comencé á ser celosa; indagué, inquirí, procuré averiguar por todos cuantos medios estaban á mi alcance qué era lo que le distraia; habíame dicho con frecuencia que era yo su ilusion, y tres ó cuatro dias se pasaba sin ir á verme; yo habia llegado á cifrar en él mi vida y sentia envidia hácia otra mujer desconocida para mí, que sin duda me habia robado su cariño; al cabo dí con la verdadera causa de su distraccion, y puedo asegurar á usted que sentí un profundo consuelo; ¿de qué gran peso se descargó mi alma! Supe que era el juego lo que le apartaba de mi lado; la idea de que otra mujer me quitase su corazon me horrorizaba; cuando llegué á saber que era jugador lo sentí, pero pensé: «menos malo.» No le dije de ello ni una palabra. Cada vez noté que estaba más intranquilo; iba á buscarme á cualquiera hora, cuando yo menos le esperaba; no habian trascurrido dos meses desde el comienzo de nuestro amor, y habia pasado más de una semana sin ver á Alberto, cuando una noche siento introducirse una llave en la puerta de mi casa; corro hácia allí loca de contento; ¡era él quien venia...! Por fin entró; un abrazó sentí que me estrechaba, y cuando alcé los ojos buscando luz en las pupilas de mi



amante, ¡horror! ví que aquel hombre no era Alberto.

Cuando á este punto de su relacion llegaba la jóven, ahogábase en sollozos é inclinaba el rostro interesante sobre la falda de Rafaela, que estaba sumamente conmovida, tanto que á la luz de las estrellas podian verse algunas lágrimas brotando de sus párpados.

La emocion aumentaba en ambas mujeres.

De repente, como obligadas por un resorte misterioso, Emilia y Rafaela volvieron hácia atrás la cabeza.

Habian oido esta exclamacion:

—¡Oh, qué infamia!

Quien habia dicho esto no era otro que José María, que se habia colocado allí sin que lo notaran ni su huésped ni su esposa.

—Pero... ¿y cómo...? prosiguió con cierto interés y cierta extrañeza, no acabando de explicarse del todo la entrada de aquel hombre misterioso en casa de Emilia.

Emilia añadió:

—Todo lo supe despues; el juego habia robado á Alberto todo cuanto poseia; no habia ya quien jugase contra él sobre su palabra; y uno entónces, adelantándose hácia él, exclamó: «Le juego á Vd. cien duros contra su modista de la calle de la Luna; ¿acepta Vd. la apuesta?» Alberto la aceptó; ganó el otro, entregó Alberto á su contrario la llave con que entraba en mi casa... y se consumó mi desventura.

—¡Qué iniquidad! murmuró entre dientes José María.

—¡Oh! ¡creí morirme entonces de dolor!

Rafaela, que se encontraba en uno de esos estados de ánimo en que por no llorar no se habla, dijo por fin dominándose:

—¡Y aun me decia esta tarde la marquesa que no era bueno tener tanta compasion como yo de Vd. tenia, que hay que distinguir la desgracia del vicio! ¿Qué se entenderá por desgracia si la de Vd. no lo es? ¡Oh! ¡cuente Vd. con nosotros para todo aquello que le pueda ocurrir en la vida...!

—Acabaré mi historia; despues que mi deshonor estaba consumada, sola en medio de Madrid, con el enorme peso de mi desgracia sobre el corazon, me era ya imposible disimular lo que en mi interior sucedia; las vecinas, la portera, cuantas personas conmigo tenian que rozarse, y que hasta entonces habia creido yo ajenas á cuanto me pasaba, conocí que estaban enteradas de todo y que murmuraban de mí sin descanso; apenas noté esto se me figuró sentir desplomárseme el mundo sobre mi cabeza; la vergüenza me abrumaba; miré al porvenir de mi vida y le contemplé incierto; el paso que habia dado era más grande del que en un principio creí; me acordé de la desdichada Julia y temblé ante la posibilidad de llegar á caer en su locura; abandonada por mi amante y vendida de una manera tan villana á un extraño cualquiera, hallé desesperada mi situacion y hasta tuve intencion de arrancarme la vida; no me hallaba con valor para seguir viviendo de aquel modo; la ignominia y el desamparo comprendí que comenzaban á hacerme su presa; aquellas paredes parecian arrojarme al rostro mi deshonor; aquella vecindad, aquella calle, aquel barrio, por todas partes se me figuraba ver ojos cuyas miradas eran insultos, dedos que me apuntaban y que eran acusaciones; me hacia alguna vez la ilusion de que algun letrado impreso en mi frente me delataba por donde iba; era, pues, necesario tomar una

resolución extrema: ó echarme á reir y dejarme llevar de la corriente y matar todo sentimiento en mi pecho, ó esconderme, huir, buscar un camino tortuoso para que nadie diera con mis huellas; un rincón retirado para que no me conociese nadie y morir de miseria y de dolor; probé á hacer lo primero y no tuve valor para ello; intenté lanzar una carcajada, pero antes de brotar se convirtió en lágrima ardiente que abrasó mi mejilla, y cayendo entre mis labios me llenó de amargura; tomar la segunda resolución era muy arriesgado; en una población grande y populosa, que me era casi desconocida, era emprender un camino lleno de espigas y de sombras, en el que acaso un día llegaría tal vez á cansarme; ¡y luego en aquel Madrid á todas horas presenciando el mal ejemplo! Para seguir este camino no tuve fuerzas; y no había más remedio que salir de aquel estado: en medio de esta incertidumbre y esta terrible duda viví todo el tiempo que me fué posible, hasta que me convencí de que el mal no tenía ya remedio: sentí que llevaba otro ser en mis entrañas. Entonces me asaltó el aturdimiento; desde entonces estuve sorda y ciega á todo; soñé una noche con la vida del campo; pero ¿adónde ir? Luego me acordé del mar... después de mi pueblo; por fin, de la señora Basilia... Entonces recordé lo que hacía algún tiempo me había escrito; «Ven y aun alcanzarás mi perdón...» Pensé además en el secreto aquel de que en su carta me hablaba... ¿Qué secreto sería? ¿Dependería de él mi porvenir, como aseguraba la vieja? ¡Oh! ¡quizás! Tuve la seguridad de que yo me había portado mal con aquella mujer, y me dije: «Acaso tuviera razón en las riñas que me echaba; si hubiera seguido al lado suyo, tal vez me hubiera llegado á encontrar en la situación desespe-

rada en que me encuentre en estos instantes;» ganas tuve de correr en su busca é implorar su perdón y su socorro; «¡Quién sabe! pensaba; acaso me tenga algún cariño.» En fin, yo me ahogaba; no sabía qué hacer; agitábanse dentro de mí todas las irresoluciones, y por último cerré, como suele decirse, los ojos; lo abandoné todo, corrí á mi pueblo, busqué á mi tía, caí de rodillas delante de ella deshecha en llanto, la manifesté mi situación, y cuando levanté la vista con la esperanza de encontrar en su rostro una expresión de consuelo, ví dibujarse allí un gesto burlón y luego se echó á reir con todas sus fuerzas; continuó haciendo cada vez más fuertes sus risotadas, y después de haberme dicho: «¡En eso pienso! ¡en hacerte saber el secreto!» se fué á murmurar de mí con otras viejas en alta voz y de una manera sarcástica.

—¡Qué corazones tan negros! murmuró José María indignado y sin poder contenerse.

—Mi desesperación llegó hasta el delirio; me ofrecí de criada; en ninguna casa quisieron recibirme; quise trabajar, no encontré trabajo; busqué compasión, encontré desprecios, insultos; traté de marcharme de allí, no me había quedado ningún resto de dinero para emprender mi viaje; la ropa se me iba cayendo á pedazos; llegué á sentir hambre; los chiquillos iban gritando detrás de mí y hasta algunos me arrojaban piedras; en un principio dormía de limosna en una bodega, luego la puerta de aquella bodega también se me cerró. «Es una pérdida, es una mala mujer,» oía murmurar por un lado y otro; separábanse todos de mí como si yo tuviese lepra; era tiempo lluvioso, la humedad me baldaba y yo empezaba á enfermar; un avaro del pueblo que solía prestar á los marineros pobres cuando no había pesca, logré después

de mil ruegos y mil súplicas que me diera para un vestido. ¡Oh! ¡y aun hizo mucho! Porque como yo estaba así mal vista por todo el pueblo, ¿quién había de prestarme bajo promesa de pago ni un alfiler? Cuando se me ocurrió pedir limosna, decían las madres á sus hijos: «Dad á otros pobres honrados; á esas no las deis limosna nunca.» Una tarde me desesperé ver brillar el sol cuando había tanta noche en mi alma; era día de fiesta y me hería que todo el mundo se divirtiese mientras yo sufría tanto; me eché á reír hecha una loca; corrí por el muelle nuevo, llegué á la punta, cerré los ojos y apreté los puños para arrojarme de cabeza al mar, y en aquel momento supremo sentí palpitar el nuevo sér que llevaba dentro de mí; esto me detuvo y me puse á llorar; perder la vida era cosa que me halagaba, pero matar conmigo un alma que nacia, eso me era imposible hacerlo. Entonces comencé á comprender el amor de madre y conocí los tesoros de ternura que este sentimiento encierra; en seguida fui al hospital y á fuerza de ruegos y lágrimas conseguí que me recibieran allí; la ventana de mi alcoba daba al mar, y él con sus escenas lograba distraer algunas veces mi amargura; fueron pasando días y días, y excusó decir á ustedes que no veía á nadie más que á mi enfermera, que al verme así solía tratarme mal; una vez entró esta á decirme que un señor iba á hacerme una visita; yo no adivinaba quién podría ser. ¿Sería alguno que se apiadaba de mí y acudía á socorrerme? Con avidez esperé la entrada del recién llegado y ví entrar á un hombre que me decía: «¿Con que está Vd. aquí? ¿Con que ha salido Vd. del pueblo sin decirme á mí nada? ¡Ay de Vd. si llega á irse del hospital sin pagarme lo que me debe!» Era el avaro que me había prestado para

comprar un miserable vestido; esa fué la única visita que tuve durante mi enfermedad.

—¡Horror! exclamó la alcaldesa.

Emilia descansó un rato para reponerse, pues la emoción entorpecía sus palabras y casi le impedía hablar: había llegado á su colmo.

Pasado un momento terminó de este modo su relación:

—En cuanto salí del hospital con mi niño en brazos, lo primero que hice al encontrarme libre fué alejarme de aquel pueblo que tan villanamente me había recibido al verme desgraciada; la murmuración había crecido hasta el último extremo; ya era yo para todas aquellas gentes un sér repugnante, á quien tenían derecho á escupir á la cara. Tomé la orilla del mar, porque es un camino rara vez transitado y temía el encuentro con alguna persona; á cada figura humana que veía me hacía la cuenta de que estaba viendo á un enemigo; anduve sin descansar todo el tiempo que pude y hasta llegar á Onton no me sentí tranquila; el mismo miedo me hacía correr más; se me figuraba que detrás de mí iba una multitud insultándome y señalándome con el dedo; creía oír á mi espalda voces que me llamaban, cuyo tono parecía de reconvencción. Carcajadas y palabras irónicas se me figuraba que poblaban los aires por cualquier lado que yo fuese ¡Oh! cierto murmullo de frases amargas y abrumadoras zumbaban en mis oídos. Aquel sol que tanto me alegraba otras veces cuando le veía nacer entre las ondas azules, ó bañar con su luz las verdes montañas salpicadas de gotas de lluvia, se conjuraba también contra mí, brillando tanto, siendo tan claro: hubiera querido que el día hubiese sido sombrío y triste como una noche sin luna ni estrellas; por lo menos hubiera

andado con más libertad y con menos vergüenza, pues hasta los pájaros, que posados en los árboles y en los jarales me miraban y cantaban, parecíame que se contaban unos á otros todo lo que yo sufría.

—¡Pobrecilla! exclamó Rafaela con ternura.

—Llegué por fin á Onton, y pensé: «Aquí no me conocerán;» me senté á descansar en el primer banco de piedra que encontré en el camino. De una casita blanca, junto á la que estaba sentada, salió una voz que me llamó; yo temblé y dudé si volver la cabeza, «¿Me habrá reconocido alguno?» pensé, y entre tanto permanecía indecisa: la voz tornó á insistir; volví la cabeza hácia quien me llamaba, y como el ama de aquella casa me hubiese preguntado adónde me dirigía, yo no supe qué contestar; la verdad es que ni yo misma lo sabía; no llevaba más idea que alejarme de allí, ir á cualquier sitio donde no me conociera nadie y donde poder ganar cualquier cosa para mantenerme y sostener á mi hijo; al cabo le respondí á aquella mujer que iba á buscar trabajo; al oír esto me propuso entrar en su casa de criada, pues á la sazón estaba sin ella; yo acepté, pero en cuanto hubo reparado en mi niño me dijo con viveza y como iluminada por un rayo de luz: «¿Se llama Vd. Emilia?»

«Sí,» contesté sin aliento; y ella me gritó con cólera: «¿Y no tiene Vd. vergüenza en presentarse aquí?» Yo me ahogué entre sollozos; la mujer había cerrado su ventana de golpe, como no queriendo verme más: al poco tiempo volví á oír resonar la voz de aquella mujer, que había vuelto á asomarse á la ventana: «¿Cómo! ¿todavía está Vd. ahí?» murmuró llena de furor sin poder contenerse; «Márchese inmediatamente:» yo me levanté con rapidez y eché á andar en

esta dirección; la tristeza me hacia acortar el paso; en cuanto le hube acortado, sentí á los perros ladrar detrás de mí y avanzar feroces; me los había echado aquella mujer sin corazón para escarnecerme más; yo corrí, corrí sin descanso; ya no pensaba más que en huir, en no ser alcanzada; corría sin aliento, haciendo fuerzas de mi propia debilidad, pero corría llorando... ¡llorando! ¡y de vez en cuando miraba al cielo! Así anduve gran parte del camino; hubieran llegado hasta mí aquellos fieros animales, si un labrador que á mi paso hallé no los hubiera echado hácia atrás cuando ya iban á alcanzarme feroces: una vez sin temor y sola, me retiré del camino, subí la cuesta de la derecha, y en un bosquecillo donde corre una cristalina fuente me eché á descansar en el verde suelo; la verdad es que ya no podía tenerme en pié; allí me puse á pensar en mi hijo, en mi porvenir, en mi pasado, en el mundo, y pensando en estas cosas, sentí que la mente se me desvanecía; al despertar de aquel letargo me encuentro entre Vds.; ya saben pues mi historia; ¿qué es lo que les parece? ¡Ay!

Emilia dió un beso á su niño.

Rafaela y José María quedaron mudos y como abismados en profundas reflexiones.

Así pasaron largo rato, sin cambiarse palabra entre las tres personas.

Pero en las mejillas de cada uno podía verse temblar una lágrima.

CAPITULO XI.

Confidencias con la noche.

Aquella noche logró Emilia dormir un poco y descansar en casa de José María.

Desde lo íntimo de su alma dió gracias al cielo por haber encontrado en su camino á aquellas buenas gentes, que eran su paño de lágrimas.

Pensó bastante en ellos, y conoció que efectivamente eran, como en un principio habia creído, dos nobles y generosos corazones.

Si de esto hubiera tenido la menor duda no se hubiera arriesgado, no hubiera acabado de determinarse á contar la historia de su vida con tantos detalles como lo habia hecho.

Y estamos seguros de ello, porque su desgracia por un lado y por otro la crueldad con que la sociedad le trataba la habian hecho recelosa y uraña.

La alegría hace expansivo al corazon, la amargura le hace reconcentrado.

El ser reservado y receloso es un hábito que contraen muy fácilmente los que sufren.

El que piensa, el que cavila, el que medita, el que reflexiona, está muy cerca del sufrimiento.

Puede ser causa ó efecto, pero nunca anda lejos de una mirada que se oscurece y de una frente que se inclina.

El desgraciado que llega á tener conciencia de su desgracia, llega de tal modo á habituarse á vivir entre cierta luz sombría, que le ofenderian los rayos del sol brillante.

El claro oscuro del crepúsculo se hace permanente en su alma, y de aquí proviene cierto estado de ánimo en que parece reflejarse aquella luz indecisa.

Aquello no es la noche, porque se ven, aunque confusos, algunos rayos dispersos de sol; aquello no es el dia, porque la sombra se difunde sin límite, porque á cada instante tropieza la vista con vagos espacios lóbregos.

El que sufre huye de la noche, porque le da miedo la soledad completa; huye del dia porque le da miedo de los hombres, pues se mofan de sus penas ó se gozan en aumentárselas.

El murciélago, el viviente del crepúsculo, nos da horror.

El hombre viviente de ese crepúsculo-agonía nos le da tambien.

Hay que distinguir entre las almas que viven en eterno crepúsculo y las almas que viven en eterna noche.

En aquellas aun hay espacios que iluminan la luz de la esperanza, pero hay otros espacios que quedan detrás, que fueron brillantes como aquellos y que se van convirtiendo en sombras humedecidas por lágrimas.

En estas, tan oscuro es el camino que queda por recorrer como el que se ha andado ya.

Entre estas dos clases de almas, ¿cuáles son las más des-

dichadas? ¿Qué es más terrible, la agonía ó la muerte?

Difficil es la contestacion.

Aquella misma noche pensó Emilia una vez:

—Estas gentes son muy buenas, muy honradas; de buena gana pasaria la vida á su lado; pero ¿cómo he de hacer esto? Si yo les manifestara esta idea, de seguro que se empeñarían en que con ellos me quedase. ¡Oh! ¡quién sabe! acaso yo no les fuese gravosa; yo seria su criada, les coseria, les lavaria la ropa, les serviría, me arrastraria por el suelo si fuese necesario. Aquí me encontraria yo bien; solo una cosa tiene esto de malo; ¡está tan cerca de Castro-Urdiales! y luego este es el crucero para toda la gente que va ó viene de Bilbao; pronto se sabria quién era yo; ¡oh! ¡sí! no cabe duda; esto llegaria á saberse muy pronto; pero es una locura pensar en semejante cosa; ¡quedarme yo aquí! ¡Vaya! ¿Y con qué motivo? Estos esposos son felices en su aislamiento, en su soledad; yo vendria acaso á tubar su tranquilidad y su confluada calma: por otra parte, yo bien sé lo que son los pueblos pequeños; todo se vuelve murmuraciones, y á una desgraciada como yo todo el mundo le tiene mala voluntad; mi estancia en esta casa será para estas buenas gentes una carga pesada desde el momento en que los vecinos del pueblo se enteren de quién soy, que lo procurarán hacer bien pronto, en cuanto vean que tengo una criatura. En estos lugares ¡se interesan todos tanto por conocer la vida y milagros de sus vecinos!

Efectivamente, las reflexiones de Emilia no podian ser más razonables.

En cuanto un forastero llega á uno de estos pueblecillos, sea el que sea, porque en todos existe la misma costumbre,

ya empieza la gente á ocuparse de quién podrá ser el recién venido.

—¿De dónde vendrá? dice uno.

—¿Qué negocios le traerán aquí? añade otro.

—¡Parece estar siempre pensativo! hay quien observa.

—¡Va poco á la iglesia! echa de ver alguna vieja.

—¡Parece que no le gusta mucho tratarse con las gentes! dice otro.

—¡Qué seco, ó qué hablador, ó qué risueño es! exclama cualquiera.

Después de estos síntomas de ataque, los círculos de viejas que se reúnen á hacer calceta en el pórtico de la iglesia ó se sientan á murmurar en el portal del cura toman por su cuenta al desconocido, y sin saber cómo ni de qué manera, diciendo una un poco y otra otro poco, resulta que en menos de media hora ya están todas enteradas del sugeto en cuestion, de dónde ha venido, á qué va, cuántos años tiene, si tiene bueno ó mal genio, si es casado ó soltero, si es devoto ó despreocupado, si es generoso ó miserable, si come mucho ó poco, si es un personaje ó un pobre diablo; en fin, hacen su estudio acabado y sin perder un detalle, como podria hacerlo el primer analítico del mundo.

Pues bien, esta tempestad no podia por menos de estallar, antes, mucho antes de una semana, si Emilia intentara quedarse en aquella casa, y una vez sabido por todos quién era, ya no se libraba del tormento que queria evitar. Otra vez volveria á ver por todas partes miradas que la despreciaban y dedos que la señalaban.

Y entre tanto, ¿á qué venia todo esto, toda esa serie de conjeturas y suposiciones, si José María y Rafaela nada

le habian dicho aun respecto á si queria quedarse allí?

No volvió á reflexionar más en ello y hasta pensó negarse á permanecer en aquella casa, aunque se lo rogaran, por las razones expuestas.

Y además de todo, ¿no era ella trabajadora y aplicada, no cosía y bordaba con primor, lo cual le producía suficiente para vivir, y aun le sobraba en cualquiera poblacion donde estuviese?

Sí. Determinó, pues, ir á confundirse entre el bullicio de una gran ciudad, en cualquiera donde no supieran su afrenta, en Madrid si le era posible; pues á pesar de que le odiaba, porque allí se consumó el sacrificio de su pureza, comprendia que en Madrid era donde por medio del trabajo podia mantenerse libre, lejana de la murmuracion y hasta de la calumnia y podia labrar á su hijo un porvenir seguro trabajando de noche y de dia para darle educacion cuando fuese siendo mayorcito.

¡Pobre Emilia! ¡no iba poco allá su pensamiento!

Para cuando su hijo tuviese edad de recibir educacion, ¡cuánto tiempo pasaria, cuántos acontecimientos podrian tener lugar en el camino de su existencia, cuántas nubes podrian cruzar oscureciendo el puro cielo de su alma!

Como antes de cerrar los ojos al sueño pensara en su hijo, su sueño fué dulce y agradable.

Era la noche que mejor dormia desde hacia mucho tiempo.

Su lecho era blando y mullido; sus almohadas y sus sábanas observó al acostarse que eran más blancas que la nieve, mucho más blancas que las del hospital, mucho más blancas que los sáculos gergones y el terroso suelo de las bo-

degas donde le habian dejado dormir por caridad durante las noches de su mayor desgracia.

Habia pensado tambien antes de pegar sus párpados en que era posible vencer á sus dos grandes enemigos, la murmuracion y la miseria; la murmuracion la venceria con la virtud; la miseria la venceria con el trabajo.

Cuando al dia siguiente se despertó, la luz del sol dorada y brillante bañaba la cabeza de su niño, formando en su derredor á la manera de una aureola.

Aquello le alegró.

Figurábasele que Dios volvía á acordarse de ella.

Alzó un poco más la vista y vió á Rafaela al lado del lecho, que los contemplaba.

acercarse á esta, despues de haber despachado varios asuntos pendientes de la alcaldía que le habian entretenido casi toda la mañana:

—¿Tan mal se encuentra Vd. en esta casa? interrogó el alcalde.

—¿Mal? ¡De ninguna manera! ¡no señor! Si quiero irme no es porque esté mal aquí; no piense Vd. semejante cosa; yo les debo mucho agradecimiento, mucho; me han consolado Vds.; me han recibido, no me han llevado nada, me han regalado Vds. ropa y tambien á mi hijito. ¡Vamos, no me hagan llorar! ¡se lo ruego con toda el alma, ya que me han hecho un gran beneficio! Al ver que me voy de esta manera, ya comprendo que Vds. dirán: «Despues que se marche de aquí no se acordará de nosotros.» No será así, no; ¡si no saben el bien que me han hecho! Pero yo me tengo que ir; no me lo impidan; no tengo más remedio; yo les seré á Vds. gravosa si sigo en su casa, porque ahora como nada tengo nada puedo pagarles; mi niño les llenará de impertinencias, de todas esas impertinencias é incomodidades que siempre causan las criaturas; yo no puedo quedarme tampoco porque antes de tres dias se sabria en el lugar quién soy y volverian á atormentarme y á Vds. tambien les morderian con traidoras murmuraciones; ¿qué necesidad tienen Vds. de sufrir nada por mí? Es preciso que yo me vaya muy lejos, donde no me conozca nadie; yo con mi trabajo tendré bastante para vivir; no vayan á creer que yo llegue á olvidarles nunca; aunque la desgracia hace desconfiadas á las personas, yo he confiado en Vds. desde el momento en que les he visto; la prueba de ello es que les he contado punto por punto la historia de mi vida.

CAPITULO XII.

Un niño en cuestion.

Lo primero que hizo Emilia en cuanto estuvo levantada fué decir que se iba de allí.

Cuando lo dijo parecieron oscurecerse las frentes de Rafaela y José María, del mismo modo que se oscurece el azul firmamento cuando el crepúsculo llega antes de tiempo.

Ambos quedaron mudos, y luego cambiaron entre sí expresivas miradas.

Emilia notó aquella pausa, y aunque sospechaba el motivo no hubiera podido asegurar cuál era este.

Por fin, José María prorumpió en estas ó parecidas frases:

—¡No! ¡no se va Vd! ¡Lo que es hoy yo le aseguro que no se va Vd!

Lo dijo en un tono entre imperativo y cariñoso, y la joven no supo al punto qué contestar.

Despues que avanzó algo el dia volvió Emilia á manifestar su deseo de partir.

Rafaela no se sentia con fuerzas para replicarla, era tan grande la resolucion de la viajera.

Pero José María con un aire medio resentido volvió á

José María y su esposa bajaron la frente con tristeza y humedeciéronse sus párpados.

En la tarde de aquel mismo día el alcalde y su mujer celebraron una conferencia procurando no ser advertidos por Emilia.

Rafaela durante todo el día apenas había hecho otra cosa que cuidar del niño, besarle y contemplar extasiada su sonrisa angelical.

Después de aquella conferencia los dos esposos fueron á donde estaba su huésped, y con aire de empezar á tratar un asunto grave, el marido tomó la palabra; Rafaela prestaba atención profunda á las frases que iban á salir de los labios de José María.

Antes que este hubiese dejado oír su acento, la jóven sintió en su pecho una impresion dolorosa, pues comprendió desde luego que el alcalde llevaba alguna pretension á la que ella de ninguna manera podría acceder. Sin duda el gesto del semblante de su interlocutor se lo dió á entender así.

José María dijo:

—Nos daría Vd. la vida si quisiera acceder á la pretension que traemos mi mujer y yo; creemos que nuestro proyecto es tambien para Vd. sumamente favorable.

Después de una breve pausa, durante la cual sin duda trató aquel hombre de amalgamar las palabras de modo que hicieran el mejor efecto posible, continuó de esta manera:

—Vd., señora, tiene un niño; á cualquiera parte á donde Vd. vaya con él llevará Vd. la murmuracion, como es natural; un niño en brazos de una jóven de quien no se sabe que está casada es la revelacion de una falta que el mundo cruel no perdona nunca; por otra parte, Vd., que pudiera seguir

viviendo á nuestro lado, prefiere ir á correr los azares de una vida incierta; ya que Vd. se empeña en exponerse á esas eventualidades, expóngase á ellas por más que nos pese á nosotros; pero no lleve consigo á este angelito, á esta criatura sencilla y tierna; déjela á nuestro lado, y la miraremos con el mismo cariño que si fuera nuestra; nosotros nos creeremos tambien dichosos si se queda en nuestra compañía; Vd. sabe que somos personas honradas, de quienes absolutamente nada puede temer; Vd. al fin y al cabo andando los días es muy posible que tenga que dejar á su hijo en cualquiera parte; ¡cuántas mujeres sin fortuna y solas no llegan á verse en la precision de separarse del fruto de sus entrañas! Esta es una cosa que le conviene á Vd.; así podrá vivir con más libertad y desahogo; así le será la existencia más llevadera y acaso fácil, y tendrá Vd. además la seguridad, que tal vez no vuelva á encontrar nunca, de que su niño estará bien cuidado y querido. ¿No ha de estar querido por nosotros si nuestra ilusion ha sido siempre tener un hijo y jamás hemos llegado á conseguirlo? Miraremos á su criatura de Vd. como si Dios nos le hubiera enviado; con que ¿qué nos contesta?

Si José María hizo algo larga su peroracion, fué porque el rostro de su huésped manifestaba un aire muy poco dispuesto á complacerle en aquella exigencia.

Efectivamente, nada más lejos del ánimo de Emilia que separarse del hijo de su corazón; así es que á la última interrogacion de su interlocutor contestó de esta manera:

—¡Es imposible! ¡Antes consentiria cualquiera cosa que consentir en separarme de mi hijo!

Diciendo esto, la pobre madre empezó á besar con efu-

sion al niño, humedeciendo su rostro con algunas dulces lágrimas.

Tomó Emilia la misma actitud que tomaria la leona al apercibirse de que alguno intentaba arrebatárselo sus cachorros.

Pero parecióle demasiado violento no dar otra explicacion, y calmándose algo, añadió con voz más templada, que procuraba dulcificar:

—¡Oh! miren Vds., ya ven que no puedo; no puedo desprenderme de este aliento de mi vida ni por un solo instante; dispénsenme, no lo puedo remediar; ¡son cosas de madre!

Después con voz más firme exclamó, procurando serenarse:

—¡Esta misma tarde me iré de aquí!

José María bajó la cabeza con angustia, y sin decir palabra se fué á su cuarto y se encerró en él.

CAPITULO XIII.

José María entregado á sí mismo.

El alcalde habia sido víctima de una sacudida terrible.

Sabemos la ilusion suya y la de su mujer en qué consistian.

En tener un niño.

A falta de tenerlos propios se consolaban queriendo á los ajenos.

En cuanto Emilia les enteró de su situacion verdaderamente lastimosa, José María y Rafaela habian concebido una risueña esperanza: quedarse con su criatura.

Esta manía de los dos esposos nada tenia de rara ni de extravagante.

En el invierno ver un rayo de sol consuela; igual efecto hace en la vejez ver una sonrisa infantil.

Quando la nieve de la edad blanquea los cabellos; quando la piel se arruga, los dientes se caen, la voz se enronquece y se pone áspera, las pupilas se amortiguan, la mirada se ha elevado tanto que se ve la noche al otro lado del horizonte turbio, las manos tiemblan de frio, el cuerpo se encorva, ¡qué encanto ver los cabellos dorados de un ángel, parecidos á los rayos de un sol naciente, ver su tez de nácar y rosa,

sus mejillas coloradas, sus dientes pequeñitos, blancos y brillantes, oír las notas de su voz tan argentinas como las gotas de una fuente que en el centro de una espesura silenciosa y sombría cayesen á compás sobre una concha de oro, contemplar sus puras pupilas centelleantes como los luceros del crepúsculo vespertino que anuncian una noche resplandeciente, contemplar aquellas miradas que sonríen á todas horas porque miran extenderse por el cielo la dulce luz de una aurora perpétua, mirar aquellas manos, que más bien que se mueven palpitan queriendo tocar todo lo que brilla y deslumbre; ver levantarse aquellas frentes que parecen bañadas de una aureola divina .. oh, qué encanto! ¡Contemplar todo esto desde aquella sombra viene á ser lo mismo que estar dentro de la húmeda tumba y sentir al otro lado de la losa las palpitaciones de un mundo en la plenitud de su vida!

Todas estas ideas se precipitaban en confusión en la mente de José María.

Pero una amargura punzante como una espina sentía en el fondo de su alma.

Habia abrigado la seguridad de que Emilia se daría por muy satisfecha con tal que ellos se encargasen del cuidado de su niño.

En todos estos sentimientos que en el corazón del alcalde se agitaban había mucho de egoísmo; casi puede decirse que todo era egoísmo.

Así como el avaro necesita un tesoro, así como el adolescente necesita un sueño, así como la jóven necesita un amante, todo viejo necesita un niño.

José María se veía burlado en su esperanza.

Después de haber soñado que en aquella soledad sombría iba á palpar por fin la divina luz que vislumbraba en sus sueños, miraba alrededor suyo y encontraba que aquella luz había sido un fuego fátuo que se desvanecía breve y volvían á reinar allí la soledad y la sombra.

En solo un día había tomado á aquel niño todo el afecto de un padre, ó más propiamente dicho, de un abuelo.

Así como á veces en solo una hora se cubre de canas la cabeza de un hombre, así también en solo un día había adquirido aquel hombre hácia la tal criatura todo el cariño propio de una larga pasión.

Hemos dicho que se había encerrado en su cuarto.

Este era un síntoma elocuente para Rafaela.

Rafaela se entristeció.

Pocas eran las veces que José María acostumbraba á encerrarse de aquel modo.

Tomaba esa resolución solo cuando estaba sumamente incomodado.

En vano era buscarle entonces por interesante que fuese el asunto, ó por íntimo que fuese el amigo que le quería hablar; no contestaba nada ni quería ver á nadie.

Hasta tal punto le hirió aquel día la negativa de Emilia.

Empezó á pasear por su cuarto tratando de olvidar la idea que le atormentaba.

Fácil es comprender que cuanto más quería librarse de ella tanto más fácilmente volvía á caer en sus redes.

Parecíale un cargo de conciencia dejar marchar de aquel modo á una mujer débil, abandonada y miserable.

Pero luego se dijo:

—¡Qué hemos de hacer si ella se quiere ir!

Luego culpábase de haberse enterado de la relación de su huésped.

—¡Si no la hubiese oído, pensaba, no sufriría yo ahora acordándome de ella!

Mas despues se replicaba de este modo:

—¡Ah! pero me alegro haberla oído y saber lo desgraciada que es; el hombre debe procurar conocer la desgracia donde quiera que se encuentre y remediarla siempre que le sea posible.

Una vez en medio de todos estos pensamientos, se acordó de que ejercía un cargo de autoridad en aquel pueblo, y amante de la justicia, debía desempeñar fielmente sus funciones.

Era una de estas impedir que en el pueblo entraran y salieran menesterosos indocumentados.

Entonces reflexionó:

—Mi cargo de alcalde me da derecho á detener aquí á esta mujer. El caso es que se esté unos días y ya la conveniremos.

Casi estaba decidido á llevar su proyecto á la práctica; pero le repugnó acordarse, para nada que concerniese á aquella mujer, de su cargo público.

¡Qué hacer pues?

De un momento á otro Emilia les abandonaría; iba á parar ¡quién sabe á dónde!

¡Qué sería de aquel hijo sin amparo el día que la madre muriese ó desapareciese entre las sombras del abismo de la miseria?

—¡Oh! ¡es un deber detenerlos! pensaba José María, abismándose otra vez en sus dudas.

Se sentó junto á una antigua mesa de pino arrimada á la ventana, apoyó en ella sus codos y dejó caer con abatimiento la cabeza sobre sus manos.

Ni él mismo supo lo que le sucedió despues.

Tampoco supo el tiempo que pasó de esta manera.

Es el caso que cuando Rafaela y Emilia le llamaron, con objeto de despedirse de él esta última, José María no respondió.

Quando este alzó un poco la cabeza y abrió los ojos, que en un principio se habían cerrado, vió á través de las densas nubes del crepúsculo, que parecían penachos de humo, algunas tímidas estrellas que temblando conenzaban á brillar.

Echó entonces de ver que había pasado mucho tiempo desde que tomó aquella actitud.

Se levantó, abrió la puerta, puso atento el oído, sin duda tratando de percibir algún rumor que él quería, y nada oyó que calmara su ansiedad.

Salió algo apresurado, y encontrando á su paso á Rafaela le preguntó:

—¿Y la forastera?

Rafaela, con una lágrima en los ojos, contestó á su esposo:

—Se ha ido.

—¿Y se ha llevado el niño, no es verdad?

—Sí, murmuró la mujer débilmente.

José María palideció y durante muchos días en aquella casa no volvió á hablarse de semejante cosa.

Parecía que entre marido y mujer había mediado una consigna para que ninguno de ellos intentara recordar á aque-

lla viajera con su niño, que había pasado como una aparición fantástica.

Los vecinos de Somorrostro solían decirse durante aquellos días:

— ¡De mal humor está el alcalde!

En las casas donde había niños se oyeron diálogos por este estilo:

— ¡Qué chiquillos! ¿Por que no os vais á casa de José María á que os dé fruta y juguetes?

— ¡Se ha vuelto muy serio! ¡ya no nos hace fiestas!

CAPITULO XIV.

Los elementos la amenazan también.

Todo el que conozca la costa de Vizcaya sabrá lo frecuentes que en ella son los cambios atmosféricos, sobre todo en los valles cercanos á Bilbao.

Cuantos hayan viajado por aquel país, cubierto de verdura perpétua, ó hayan vivido en él, habrán tenido ocasion de ver dias en que la aurora nace deslumbrante y rompe las nubes un sol de estío, las montañas se alegran y parecen sonreir, poco despues el cielo queda libre por completo de nubes y su puro zafiro encanta la vista, que se desvanece en él. Pasa una hora y las nubes vuelven á aparecer; en pocos minutos se amontonan y llenan atropellada y oscuramente el espacio; todas las cumbres de las montañas parece que penetran y desaparecen detrás de ese bajo cielo denso y negro que descende con rapidez hácia la tierra; por fin la tempestad estalla; el mar sacudido por el vendaval se revuelve en su seno, lanzando espantosos bramidos y amenazando con su inmenso esfuerzo loco; el vendaval se lanza impetuoso y rápido á través del espacio inconmensurable como si saliera de una válvula abierta de repente en el horizonte incierto. Las nubes arrojan sobre los pueblos y los caseríos el agua de lluvia, como navíos colosales que achicaran el

agua de mar que les sobra para continuar mejor su interrumpido viaje. No se ha pasado una hora cuando aquellas nubes que dieron fondo un momento para aligerar su lastre, parece que levantan anclas, extienden por un lado y otro blancas capas, como una fragata extiende sus lonas, y se alejan; las últimas ráfagas de vendaval las barren poderosas por el Océano de éter; la altura vuelve á quedar azul, y azul también la líquida alfombra inmensa; en los dos mares la bonanza. Océanos de arco-iris semejan las faldas de los montes y las hondonadas de los valles, bañadas unas y otras por el agua que la escuadra sombría vertió á su paso: una dulce brisa sucede al vendaval, que deja oír á lo lejos sus gritos horribles, que parecen gemidos de un moribundo; lánzanse los pájaros de las rociadas ramas que malamente les guardaron y sacuden sus alas húmedas para que la brisa las seque y el sol las caliente: los insectos dejan sus viviendas subterráneas, donde la inundación les estaba ya ahogando; vuelven á palpar la tierra, la atmósfera y la luz; no se pasan otras dos horas cuando se desencadena un viento huracanado que calienta; parece que sale de un cráter y que va impulsado por infernales fuerzas; los pescadores dicen: «¡Al puerto! la galerna avanza.» Los leñadores tiran en el bosque el hacha y corren espantados; los árboles se tronchan; en el bosque se escuchan extraños crujidos, como de esqueletos que una fuerza sobrehumana entrechocase; las ráfagas silban; un soplo es un golpe; por fin el huracán pasa, y á lo lejos se oye un ruido como el que formaría un tren de mil wagones que se desplomase á un abismo erizado de rocas; llega la noche y todos estos fenómenos y estos cambios vuelven á repetirse.

Estamos seguros de que los que conozcan aquella costa comprenderán que nada hemos exagerado.

Y esto volvemos á repetir que no sucede rara vez.

Son frecuentes, frecuentísimos, los días dentro de los cuales se presentan cuantos cambios puede haber en todas las estaciones del año.

Cuando José María saliendo de su letargo vió que era ya de noche, vislumbró la luz de temblorosas estrellas.

Emilia seguía caminando.

¿Adónde llegaba ya?

Espantoso es entrar solo y sin recursos, de noche cerrada, en una población desconocida.

Sin embargo, teniendo en cuenta la hora en que la joven salió de Somorrostro, se comprende que quería entrar en Bilbao de noche.

¿Qué es lo que podía haberla determinado á tomar semejante resolución?

Sabemos que Emilia no contaba con ningún recurso; tanto es así, que una de las cosas que le incitaban á huir del pueblo y buscar caminos solitarios cuando salió del hospital, era la circunstancia de estar aun debiendo el vestido, ya en estado miserable, que llevaba. Bilbao era una población bastante grande para que Emilia pudiera vivir en ella ignorada y trabajar, reuniendo recursos para en un día dado irse á Madrid, que era su deseo.

Habiendo siempre en Bilbao gente de Castro, si Emilia entraba de día, era muy posible que alguno la reconociese y eso es lo que ella trataba á todo trance de evitar.

Una vez sabiéndose quién era, volvería á encontrar el mismo tormento y el mismo desamparo de que últimamente ha-

bia sido víctima, hallaría grandes dificultades para que le diesen trabajo, y comenzarían á tratarla y á mirarla mal en todas partes por donde fuese.

Sin conciencia de ello había ido haciéndose tan uraña que solo veía en el mundo un enemigo que trataba de ensañarse en ella.

Iba tomando sin pensarlo esos tortuosos y oscuros caminos que busca siempre el que se reconoce acechado.

Tenia miedo de algo, por más que ese algo no pudiera determinar ni circunscribirlo.

Su aspecto parecía el aspecto de una persona que viera á todas horas levantar un brazo sobre su cabeza en actitud de amenaza.

Siempre en un lado ó en otro se le figuraba ver una pupila que la perseguía tenaz.

Durante el camino producíale disgusto que algun transeunte se fijara en ella.

Sentía un placer cuando para cualquiera pasaba desapercibida.

Hay almas que llegan á fundirse con la sombra; necesitan algo de espacio oscuro para respirar; esto es muy frecuente en los desgraciados.

Tiene la melancolía cierta atracción; el ánimo abatido encuentra en ella tal reposo, que una vez caído en su seno no sabe ya el hombre cómo libertarse; lo peor es que ni siquiera lo intenta; la melancolía es el dolor convertido en hábito; ¿por qué, pues, su estado nos agrada? No nos agrada, nos tranquiliza; ¿y por qué nos tranquiliza? Por la misma razón que el que está en el fondo de un abismo no teme ya caer más abajo.

Media hora después de haber vuelto en sí José María se verificaba uno de esos grandes cambios atmosféricos de que hemos hablado, tan frecuentes en aquel país.

Por la parte del horizonte donde el sol se había puesto, empezaron á levantarse con rapidez, una tras otra, multitud de colosales nubes, negras, horribles, pesadas, disformes; más bien que una confusión de nubes, parecía aquello un ejército de fantasmas, que iba creciendo, amontonándose, tomando proporciones increíbles, á la manera de una selva espesa cuyas ramas fueran creciendo y dilatándose en todos sentidos; iban formando brazos de gigantes, cabezas monstruosas; ora hombros inverosímiles, ora cuerpos enteros de atletas de un mundo desconocido y gigante.

Aquella irrupción iba inundando el ancho espacio con la velocidad del humo puesto en fuga, con la rapidez del negro vapor que logra quebrantar la prisión de la caldera.

En pocos minutos cubrió todo el firmamento una especie de muro que parecía que iba á desplomarse sobre la tierra, que empezaba á verse ya bañada de una humedad cálida, por decirlo así.

De pronto, una frialdad de subterráneo pareció llenarlo todo. Un minuto después el ambiente mojaba el rostro. Dos minutos más tarde resonó un eco lejano, como si fuera el cañonazo de señal para empezar un combate, pues un trueno horroroso se oyó en seguida, lejano también, pero que las densas nubes fueron repitiendo de una en una, cada vez más cerca, creciendo en horror y en ruido.

Aquellos cien truenos retumbaron de valle en valle, de colina en colina.

Estremeciase la tierra.

Rayos deslumbrantes y azulados rasgaron el alto fondo lóbrego de la tempestad y un verdadero diluvio cayó sobre toda aquella costa.

Emilia, en la parte precisamente más solitaria del camino, había visto venir todo este horror confuso.

Ciertos soplos extraños del aire enrarecido habían llamado su atención, le habían hecho volver la cabeza y desde luego se apercibió de todo.

El átomo había visto avanzar sobre sí al gigante. El grano de arena del desierto había sentido llegar al *simoun*.

Pero ya no tenía ningún partido que tomar.

Antes que llegase á Baracaldo se habría desencadenado la tempestad; volver atrás era también imposible, pues el último pueblo por que Emilia había pasado quedaba ya bastante atrás; precisamente por allí, cosa extraña en las provincias vascas, no había donde refugiarse de la tormenta.

Ni un caserío, ni una choza, ni una cabaña abandonada, ni siquiera un peñasco cuya posición pudiera servir de abrigo ó de guarida.

Mas de repente creyó ver la viajera débiles reflejos de una luz entre un arbolado, á la derecha del camino. Las paradas que había ido haciendo para reflexionar la habían retrasado bastante. Era ya la noche cerrada.

Entre la oscura noche debieron entonces brillar sus ojos con alegría.

Por ella todo le importaba poco; si se había apurado era por el niño que llevaba en sus brazos.

Inmediatamente se salió del camino y dirigió sus pasos hácia aquella luz.

En cuanto Emilia vió la tempestad que se formaba á su

espalda tomó las precauciones que le parecieron convenientes para poner á cubierto de la lluvia á su tierno hijo.

Rafaela le había dado varias ropas al partir.

La viajera, sin reparar siquiera en lo que aquellas ropas eran, las ciñó de tal modo al cuerpo de la criatura, que esta no hubiera llegado á mojarse por mucho tiempo que hubiera llovido.

Pero al deshacer la jóven el lio que formaban aquellos regalos de la alcaldesa de Somorrostro, notó que algo pesado había caído al suelo.

Se bajó, buscó á tientas en el camino y encontró una bolsa con dinero.

La cogió, miró lo que contenía y acabó de comprender qué nobles corazones tenían aquellas pobres gentes que tan grata hospitalidad le habían proporcionado.

Este dinero, puesto allí por Rafaela sin que su huésped lo hubiera notado, le vino á esta muy bien aquella noche.

En aquel sitio donde hubo visto Emilia brillar una luz había en efecto una casa, pero aquella casa no se abría á nadie.

Ni de día ni de noche entraba en ella ninguna persona que no fuese su dueño.

De día permanecía siempre medio cerrada; de noche ninguno osaba acercarse allí.

Los habitantes del país parecían huir de ella en cuanto llegaba el crepúsculo.

¿En qué consistía esto?

¿Sería tal vez una casa endemoniada de esas que amedrentan á los habitantes de los pequeños lugares y de los campos?

Era una casa endemoniada en efecto.

La habitaba el demonio de la avaricia.

Al pasar Emilia un puentecito que forzosamente tenia que atravesar para ir hácia ella, notó deslizarse á su lado una figura humana que iba en contraria direcccion á la suya y apresuradamente.

Era un leñador que bajaba del bosque.

Reparó en él la mujer, se separó él extrañándose, y despues de haberla observado un momento exclamó:

—¿Adónde va Vd., buena mujer?

—A aquella casa, á guarecerme del turbion.

—¿A aquella casa dice? No podrá entrar; ¡qué lástima que no estuviera la mia más cercal volvió á exclamar el leñador con aire propio del hombre que trata de favorecer.

—¿Y por qué no podré entrar? interrogó Emilia inquieta.

—¡Ahí vive un señor que no le gusta que entre ninguno en su casa! ¡Ni aunque estuviera Vd. muriéndose le abriria la puerta!

—Pues ¿y cómo? volvió á preguntar Emilia impaciente.

—Es un ricacho, que ni duerme ni descansa porque está á todas horas pensando en que le van á robar; en fin, lléguese, lléguese á la casa y recibirá un desengaño; pero ¡ahora estoy pensando! ¿por qué no se viene Vd. á la mia? Verdad es que está lejos y que lleva un niño pequeño, y que el turbion nos cogerá antes de la mitad del camino; pero el caso es que ya tendrá un sitio donde pasar la noche; mi mujer y mis hijos me esperan; cenará Vd. con nosotros.

—¿Dista mucho su casa de Vd.?

—Esó sí, lo menos media legua; pero véngase allá, por estos sitios no hay dónde meterse; yo no hubiera venido á estas horas sino porque prohiben cortar leña de ese monte, y

de noche puedo hacerlo sin que me vean. Lo que es en esa casa, no yendo á pagar alguna renta, es decir, á llevar dinero, no abren la puerta á nadie.

—¡Yo entraré! dijo por fin Emilia con cierta confianza, y echó á andar.

—¡Adios, pues, buena mujer! ¡Feliz suerte! dijo el hombre metiéndose más su boina azul, ciñendose más fuertemente su camiseta de punto y siguiendo su camino satisfecho con la última afirmacion de Emilia, que le habia tranquilizado.

CAPITULO XV.

Algunas palabras sobre el indiano del valle.

En una de las habitaciones de aquel edificio adonde Emilia se dirigia, se hallaba un hombre sentado en un viejo sillón de baqueta raído y remendado; sus codos apoyados sobre una de esas grandes mesas antiguas de despacho; la mirada llena de esa cierta inquietud permanente que se nota en los ojos de todo el que teme alguna cosa; el oído atento como si á través del ruido de la tempestad que estallaba por fuera tratara de percibir algún otro rumor.

De vez en cuando levantábase de su sillón y cruzaba á largos pasos la estancia.

De vez en cuando se paraba, interrumpiendo uno de estos paseos, y fijaba más su atención.

Abria también algunas veces la puerta de la habitación, que se hallaba cerrada; permanecía un momento en escucha, y volvía á cerrar, recobrando alguna tranquilidad.

Era este un hombre de unos cincuenta años, pequeño, flaco, el cráneo deprimido, el pelo blanco, sin barba alguna; sus manos delgadas, huesosas y velludas; su rostro enjuto, de figura escuálida y miserable.

Su cuerpo estaba envuelto en una bata antigua y vieja, y en algunos sitios descosida ó rota.

Cualquiera que viese á aquel hombre por primera vez, de seguro creeria que estaba viendo á un delincuente temeroso de ser descubierto.

En viéndole por segunda vez ya se comprendia que aquella era su actitud habitual.

Siempre estaba de acecho, como el que teme una sorpresa. ¿Quién era aquel hombre?

No era otro que el ricacho, de quien el leñador habia hablado á Emilia.

Era el dueño de aquella casa.

Llamábase D. Estéban.

Vivia en compañía de una criada vieja, de rostro acartonado y de voz áspera; pero de excelentes cualidades para el servicio de D. Estéban.

Era sumamente reservada y no tenia ninguna visita de amigas ni de parientes; poseia un excelente oído, pero tan completo, que ya podia estar en el último piso de la casa y tocar cualquier transeunte en la puerta de la bodega, en seguida lo oia; era también sumamente sujeta; no salia sino en los casos imprescindibles y siempre avisándosele á su amo con anticipación, para no dejar nunca la casa sola; pero rara vez tenían lugar estos casos extraordinarios; su salida diaria no era nada más que una; esta se verificaba por la mañana, por supuesto, después que el amo estaba levantado; no tenia otro objeto que ir á hacer la compra al vecino pueblo de Baracaldo, y al mismo tiempo oír misa, porque, eso sí, lo mismo D. Estéban que su criada eran católicos ante todo; tanto él como ella no habian de faltar á la igle-

sia ni un solo día; después que la criada volvía iba el amo.

Mas si algun vecino del pueblo se atrevía á decir:

—¡Mira, mira al avaro en su sitio de costumbre, con la vista baja y dándose golpes de pecho! solía contestar su interlocutor:—¡Vamos! ¡no hay que criticar á un hombre que viene todos los días á cumplir con Dios!

De modo que entre las gentes de Baracaldo había sobre aquel hombre diversidad de opiniones y de pareceres.

Los más despreocupados, es decir, los más ilustrados, le miraban mal; comprendían su avaricia y la condenaban. Pero estos eran los ménos.

El mayor número le miraban bien; había para ello dos circunstancias atenuantes.

Ser al mismo tiempo rico y devoto; hé ahí las dos principales condiciones para ser venerado.

¡Hablar mal de un hombre que todos los días va al templo! ¿En qué época vivimos? ¿Se habrá visto mayor picardía?

Esta era una idea á la que las viejas de Baracaldo no podían acostumbrarse.

Lo peor era que no solo las viejas pensaban así.

Rara vez salía D. Estéban de paseo.

Si alguna tarde de buen tiempo se le ocurría determinarse á salir á respirar el aire libre, se alejaba muy poco de su morada, y cuando estaba fuera de ella parecía en verdad más inquieto que nunca.

No eran pocas las tardes que ni aun á hacer esto se decidía, y paseaba pensativo y receloso por el pequeño jardín cercado que estaba á espaldas del edificio.

¿Qué había en aquella casa para semejantes cuidados como tenían aquellas dos personas?

¿Por qué estas trataban de no separarse nunca de allí, á la manera de la mariposa que sin poder apartarse de ella revolotea alrededor de la luz?

No es difícil suponerlo.

Ya sabemos que aquel hombre era un avaro.

Allí había, pues, un tesoro que guardar.

En vano un caminante trataría de hallar en aquel sitio donde guarecerse de la tempestad ó de la noche.

—¡No hay que echársela de benigno en estos casos! ¿Quién me dice que ese hombre no pueda ser un ladrón?

Así solía reflexionar D. Estéban.

En cerrando la noche ya podía cualquiera golpear la atrancada puerta, que la casa permanecería muda.

En cuanto el menor ruido se escuchaba, ya echaba don Estéban mano á la escopeta, cargada hasta la boca, que tenía á la cabecera de su cama.

Ya podía un muchacho trepar por los manzanos, ó cruzar por el sendero un extraviado caminante, ó quebrarse una rama á impulsos del vendabal, ó estremecerse una puerta agitada por el viento; á cualquier hora que esto sucediese, ó la criada ó el amo lo habían de oír.

De tal modo habían arreglado estos dos seres sus horas y sus costumbres, que casi siempre mientras uno dormía estaba despierto el otro.

La mujer que con D. Estéban vivía no era verdamente una criada, como hasta ahora hemos dicho; era algo más.

Ella mandaba allí y disponía, y el avaro tenía en ella una ciega y absoluta confianza.

Era su confidente.

Hacíala participe de cuanto sentía ó pensaba.

Solo una cosa no le habia revelado nunca; esta cosa era el sitio donde estaba encerrado el tesoro.

Algunas veces mostróse resentida de lo que ella llamaba desconfianza; pero D. Estéban le contestaba:

—¡No es desconfianza, no! Es que hay cosas que no deben revelarse á nadie.

Y la tia Micaela, que así se llamaba dicha mujer, bajaba la cabeza y seguia cumpliendo con sus deberes.

El estaba con ella sumamente contento; sus años y su extravagante rostro, verdaderamente inverosímil, eran suficientes garantías para que Cupido no le trastornara la cabeza hasta el punto de hacerla tener confianzas íntimas con ningun hombre.

Hasta que el buen viejo se hizo con la tia Micaela, este habia sido su eterno tormento: ¡las criadas!

Y claro está que él necesitaba alguna que le sirviera.

Cuando una iba á ofrecérsele, si esta no tenia los cuarenta bien cumplidos y además de esto una nariz descomunal, ó un ojo güero, ó un colmillo como el de un elefante, ó algun defecto fisico de esta importancia, no la admitia.

—Pero ¿por qué? preguntaba la infeliz mujer que iba á ofrecerse.

Y él contestaba:

—Porque es Vd. demasiado jóven y demasiado hermosa.

Cuanto más horrible fuese la mujer á quien esto decia, más satisfecha se marchaba, como es natural.

Cuando estas cosas se hacian del dominio del vulgo, las gentes decian:

—¡Oh, qué virtuoso es D. Estéban!

Y crecia como la espuma su reputacion de buen hombre.

En fin, Vénus le hacia la guerra.

Ninguna mujer le parecia demasiado fea para tomarla á su servicio.

En este concepto solo le habia satisfecho por completo la tia Micaela.

Solia repetir:

—¡Oh! Una criada bonita es un constante peligro; muchas veces tras una cara hermosa suele haber torcidas intenciones; y luego, si á uno se le va la cabeza un dia, y además, los que pueden andar husmeando alrededor de ella, y es mucho más peligroso en una casa donde hay que guardar; ¡se han robado tantas casas por los novios de las criadas que entraban á verlas! ¡Por mucho que se las cele se la pegan al más listo! Nada, nada, criada vieja y fea es lo que me conviene.

Conociendo lo que en la opinion de los pueblos pequeños influyen ciertos actos, habia tomado el partido de sostener, aun haciendo un sacrificio, aquella buena fama que gozaba.

Cada semana daba cuatro cuartos á los pobres del lugar inmediato.

No los repartia en su casa, porque esto podia ser peligroso. Los harapientos no debian acercarse allí. Podian enterarse de algo que no convenia que supieran.

Iba la tia Micaela á repartir aquellos ocho ochavos al camino real.

Los pobres que los recibian y los curiosos que lo observaban solian repetir á coro:

—¡Oh, qué bueno y qué cristiano es el señor D. Estéban!

Para aquellos insensatos, que no se entretenian nada más que en criticar y en morder á tan excelente hombre, las

gentes *sensatas* tenían el más profundo de los desprecios.

Llamábaseles liberales, y por aquellos pueblos, sobre todo en otros tiempos, llamar á un hombre *liberal* era lo mismo que llamarle ateo, descreído, pillo, bribon, asesino, volteriano, y en fin, todos los dicterios más fuertes que en el Diccionario pueden encontrarse para herir á un hombre.

Los *insensatos*, á pesar de estas excomuniones, seguían asegurando que D. Estéban era un hipócrita.

Las únicas personas con que nuestro héroe se paraba á hablar alguna vez que paseaba por el camino real que iba hácia el pueblo, eran el cura y el maestro de escuela.

A estos, acérrimos partidarios suyos, les hablaba siempre de política, con lo que los tenía contentos.

El cura había mandado una partida en la guerra civil, que había recorrido de triunfo en triunfo todas aquellas montañas vecinas. Al relatar las escenas de la campaña, sus ojos chispeaban, y después de pedir á Dios con fervor el exterminio de todos los liberales del mundo, de todos esos *perros rabiosos*, como él decía, se volvía á su casa y se ponía á abrazar con efusión un trabuco, el que había usado en la guerra, el cual lo tenía siempre escondido entre los colchones de la cama para evitar que los impíos se lo arrebatasen un día.

Después de aquellos tiernos abrazos al trabuco, iba á explicar entre sus feligreses la caridad evangélica y el amor al prójimo.

El maestro de escuela era navarro, y por consiguiente, carlista también.

Hizo la guerra á las órdenes de aquel cura, por cuya influencia había logrado ir de maestro á Baracaldo.

D. Estéban, como es natural, era carlista también, y cuan-

do los tres juntos hablaban de política hubiera cualquiera dicho que de su conversacion iba á salir la regeneracion de la patria.

La circunstancia de ser amigo del cura y del maestro hacia mayor la popularidad de D. Estéban.

A pesar de todo lo dicho, aun nos falta un detalle para acabar de conocer á este personaje.

La historia de su vida era sumamente sencilla y vulgar.

A los quince años se embarcó con un hermano mayor en Bilbao, á bordo de una fragata de vela que zarpaba para América. Durante su estancia en América murieron en Baracaldo sus padres, que eran unos pobres labradores.

A los treinta años de edad, es decir, á los veintiuno de su partida, volvió el chicuelo Estéban convertido en D. Estéban, variacion muy razonable puesto que el tal volvió, según el dicho de las gentes, *con una porcion de miles de duros*.

Más tarde compró á un noble arruinado la casa en que habitaba, la cual reformada podría haber llegado á ser un hermoso edificio, pero abandonada completamente como don Estéban la tenía iba echándose á perder.

Cada vez que veía abrirse en las paredes una rendija ó descubrirse alguna viga, este espectáculo le dolía en el alma; pensaba en reponer el deterioro y resultaba que le dolía más el dinero que había que desembolsar para la obra.

Uno que hubiera podido observar á aquel hombre durante todas las horas del día y de la noche, sobre todo las horas que se hallaba solo, hubiera reparado que algunas veces parecía conmoverse repentinamente, apoderarse de él cierto espanto, asustarse de su sombra y mirar alrededor como si temiera tener en su habitacion á un enemigo.

¿Cuál era la causa de esto?

Su rostro palidecía, sus ojos centelleaban asustados; apoderábase de él cierto temblor profundo.

Sin embargo, nadie logró apercibirse de semejante cosa.

No cabía duda que en aquellas acometidas de espanto había algún misterio.

En cuanto al otro hermano que partió con él, según noticias del mismo D. Estéban, había muerto en el viaje, del vómito negro, antes de abandonar el golfo de Méjico.

Su cuerpo, como es costumbre en esos casos, había sido arrojado al mar.

D. Estéban lloraba como una Magdalena en cuanto se le hablaba de su hermano.

La gente al verle llorar exclamaba:

—¡Oh, qué bueno es el indiano!

Llamábanle muchos *el indiano del valle*.

CAPITULO XVI.

La viajera importuna.

Estaba nuestro hombre con el oído atento, por si entre el ruido de la tempestad se percibía alguna cosa, cuando un aldabazo hizo retemblar la puerta.

D. Estéban pareció inmutarse.

Micaela también lo había oído; se vistió ligeramente y saltó de la cama.

Ya suponía que su amo estaría en el despacho y se encaminó hacia él.

D. Estéban la sintió llegar.

Por fin la vieja entró exclamando:

—¿Ha oído Vd.? han llamado á la puerta.

—Han llamado, es cierto.

—¿Quién será?

—No espero á nadie.

—¿Y qué se hace ahora?

—Eso precisamente estoy pensando.

—Nunca ha sucedido tan tarde.

—No acabo de comprender. Es raro.

En eso volvió á sonar la aldaba con más fuerza, con más decision que antes.

—¡Parece que tienen prisa!

—Sí, señor; ¡cualquiera lo diría!

—¡Vaya si lo parece!

—No se apure Vd. por eso; nos haremos, como otras veces, los dormidos.

—Será lo más conveniente.

Otro golpe más fuerte aún conmovió la casa.

D. Estéban dijo impacientándose:

—¡Pues me gusta! ¡vaya unas maneras!

—Sin duda se proponen no dejarnos dormir, exclamó Micaela restregándose los ojos soñolientos.

—¿Si será algun recado urgente?

En esto, otro nuevo golpe.

—No hay más remedio que ir á ver quién es.

—Parece que no tienen gana de volverse atrás.

—Espérese Vd., tia Micaela, voy por mi escopeta; todo se arreglará. ¿Quién diablos puede andar á tales horas por estos sitios?

—¿Por su escopeta...?

—Sí, por mi escopeta.

—¿Pues y...?

—Para asomarme.

—¡Ah! ya comprendo.

—Vamos, aquí está ya.

—¿Está cargada?

—Hasta la boca; hay dentro dos balas y veinte perdigones zorreros.

—¡Sopla...!

—Abriremos la ventana.

—Veremos, por fin, quién es.

—Retire Vd. esa luz, que puede apagarla el viento.

—Vamos, abra Vd., ya está al abrigo.

—¡Qué noche tan oscura!

—¡Si está como boca de lobo!

—¡Qué lluvia! ¡qué vendaval!

—¡Para el que anduviera solo por esos caminos de Dios con este tiempo!

—¡A ver si se ve algo!

—No va Vd. á distinguir al que llama.

—Sí; ya podré verle; estos relámpagos me ayudarán.

—¿Relámpagos? ahí teneis uno; ¡bueno ha sido!

—Ya he visto algo; es una mujer, si no me equivoco, y se prepara á coger otra vez la aldaba.

—¡Tenga Vd. cuidado! ¡que tambien hay ladrones que se visten de mujer para inspirar confianza!

—Espérese Vd., la hablaré á ver si me oye; no podrá disimular la voz.

—Oido atento.

—¡Eh, buena mujer! ¿Qué se le ofrece? ¿Qué es lo que quiere?

—¿Qué ha dicho?

—Que la dejen entrar, que viene huyendo de la tormenta.

—¡Y para eso tanto llamar!

—¡Vaya con las libertades que se toma!

—¡Y venir á quitarle á una el sueño!

—Cerraremos otra vez la ventana; que se vaya al pueblo, ó al infierno, ó donde quiera; ¿qué tengo yo que ver con ella?

—¡Calle! otra vez vuelve á hablar, ¿no lo oye Vd.?

—Sí, ya lo escucho.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Déjeme que acabe de oirlo. No me deja Vd. entender...

—Vamos, que nos deje en paz. Lo que debe Vd. hacer es cerrar los oídos, la vidriera y la contra-ventana y acostarse. ¿Se habrá visto mayor imprudencia?

—Pero mujer, por Dios, calle y déjeme oír... Vamos, ahora por fin no se me ha escapado nada. Dice que no halla donde guarecerse, que trae un niño en brazos, que por él es por quien teme y no por ella.

—Pero ¿va Vd. á hacer caso de lo que le dicen? Si la deja Vd. hablar, claro es, de lo que tratará será de que la abramos la puerta.

—Todavía habla. ¿No le parece á Vd., tía Micaela, que es voz de mujer? Creo que no me engañará el oído.

—Sí, de mujer parece. ¡Vamos! ¡Entrese!

—Es que se me ha figurado oirla decir que no es ninguna mendiga, que lo que le sobra es dinero, y que si hubiera cerca una casa de hospedaje pagaría cuanto quisieran pedirle, que está dispuesta á darnos cuanto queramos. ¿Con que, qué le parece, tía Micaela?

—Lo que es Vd. haga lo que quiera; pero yo no abriría la puerta á nadie. El caso es que no nos dejará dormir...

—Está llorando; dice que la ropita del niño se cala; viene sola; creo que no hay ningún peligro.

—¿Cuánto va á que le engaña?

—Dice que se irá en cuanto amanezca, ó antes, si antes concluye la lluvia.

—Le desconozco á Vd.

—Pero ¡si tiene dinero!

—Si tuviera dinero hubiera caminado en la diligencia y no á pié como va; se conoce que es alguna viajera de las cercanías. ¡Jesús, qué relámpago! *In nomine patri...*

—¡Creí que me quedaba ciego!

—¡Anda, qué trueno! ¡Si parece que el cielo se hunde! ¡Vaya un gusto, estar con la ventana abierta!

—Pero el caso es que estoy siendo un tonto; si lo paga bien, ¿por qué no dejarla entrar?

—Peligroso es; pero si lo paga muy bien... ¡Ah! una idea; que eche la bolsa por la ventana.

—Bueno sería; pero eso es ya...

—Nada, nada, que la eche y despues se le abre...

—Se lo voy pues á proponer. ¡Buena mujer! Como uno no tiene obligacion de saber quién es Vd., y como no es mi casa una de esas que se abren á cualquiera, no extraño que quiera averiguar con qué clase de persona estoy hablando. Con que écheme Vd. algo que me indique que es usted persona que tiene algo que perder; puesto que tiene usted ese empeño en entrar aquí, haré el sacrificio de mandar abrir, siempre que me eche algun objeto de valor que tenga á mano: alguna sortija buena, algun alfiler, el bolsillo con dinero... en fin, algo que me tranquilice; créame que si hago esto es solo debido á mi buen corazon, á este carácter mio, que todos dicen es demasiado bondadoso, y además...

Aun no habia acabado sus palabras D. Estéban, cuando un objeto pesado y sonoro que entró por la ventana cayó sobre la mesa del despacho é hizo uu ruido metálico.

—Véase si produjo buen efecto mi consejo, exclamó la vieja satisfecha ¡Si cuando yo digo...!

—¿Qué es lo que ha caído? ¡Es una bolsa! ¡A ver, á ver cuánto tiene! Una, dos, tres, cinco; ¡cinco monedas de cinco duros! De modo que son quinientos reales.

—Mire Vd. si son buenas que hay que desconfiar hasta de la camisa que se tiene puesta.

—Sí, buenas parecen, no suenan mal. Le haremos soltar estos veinticinco duros; la dejaremos entrar, ¿verdad?

—Bueno, si Vd. quiere...

—Sí, ábrale Vd. y que se duerma arriba en el sobrado, en la cama de tijera; creo que no hay goteras hacia aquel sitio; las goteras están hacia la parte de poniente; estos malditos vientos de invierno me estropean la casa; sí, que se duerma allí en el sobrado y despues subiremos á atrancar la puerta por fuera; no habrá peligro; baje Vd. á abrir; mientras Vd. abre yo estaré tras de la puerta con la escopeta por si acaso... bueno es vivir prevenido... ¡Oiga Vd., buena mujer! Espérese unos minutos, que ahora bajan á abrirle; no vuelva á tocar la aldaba, pues están durmiendo en esta casa cuatro guardias civiles, á quienes ha cogido la tormenta aquí y les he hecho quedarse; con que déjeles en paz y procure no despertarles, que tienen el sueño ligero... ¿Qué le parece á Vd., tia Micaela, ese golpe? ¿No le parece á Vd. conveniente el haber dicho eso de los cuatro guardias civiles? Así, si viniera con mala intencion, en seguida hubiera echado á correr. ¿Cómo ha de entrar nadie á robar en una casa donde hay cuatro guardias civiles?

—Tienene Vd. razon. Es Vd. un hombre de talento.

Poco despues Emilia era introducida en el sitio que don Estéban habia indicado.

Era este un lóbrego y horrible sobrado que ocupaba todo el último piso de la casa.

Allí en un rincon habia una mala cama de tijera, con escasa ropa.

En efecto, como el avaro habia dicho, las goteras caian por varias partes; el suelo á trechos estaba bastante mojado.

Una candileja sucia y mohosa, de luz moribunda, habíase entregado á la huéspededa.

A su débil resplandor reconoció el sitio donde la habian alojado.

Dióse por satisfecha, y se hallaba contenta de haber encontrado aquella guarida contra la noche, la tempestad y la lluvia.

Sin embargo, no pudo ménos de comprender la poca caridad con que en aquella casa se le trataba.

Las arañas formaban entre las vigas del tejado, en los rincones y en las paredes velos impenetrables; parecian haberse fortificado allí contra los ataques de los hombres.

Oíanse en tropel, ya alejándose, ya acercándose, carreras de ratones que pululaban á su gusto por el suelo del sobrado; se percibian distintamente sus luchas, sus encuentros.

Cuando Emilia notó estos ruidos y lo repugnante y hasta peligroso del sitio á que la habian destinado, temió, no por ella, sino por su hijo.

Hubo un momento en que sintió horror; fué hacia la puerta, intentó abrir y vió que estaba atrancada; empujó un poco y causó un ruido extraño; pero la puerta no cedió.

Tuvo un momento de indecision y duda.

Por fin se resignó á quedarse allí.

Se acostó y se ocultó completamente con su niño bajo la manta, dejando la luz encendida. Sabido es que los ratones huyen siempre de la luz; el raton se parece al hipócrita; roe y teme ser visto; necesita la oscuridad para vivir, tanto como el aire.

¡Qué de reflexiones asaltaron su mente! ¡Con qué siniestro aspecto se apareció á sus ojos el porvenir!

Pensó en que seria tiempo perdido tratar de recobrar los quinientos reales que echó por la ventana de aquella casa para que le abrieran la puerta.

La idea de la miseria la llenó de pavor.

Pero en medio de todo se creia dichosa por haber encontrado un albergue para su hijo.

CAPITULO XVII.

Lo que son capaces de pensar los miserables.

Antes que el dia siguiente hubiera amanecido, el avaro, que en toda la noche no habia cerrado los ojos, se levantó de su lecho con cierta intranquilidad profunda.

Como es natural, dado su carácter, habia pasado la noche en vela.

Habia notado el ruido que en la puerta del desvan se produjo cuando Emilia intentó abrir.

—¿Qué será eso? se dijo.

Cuchicheó durante un largo rato con la tia Micaela y se dijeron:

—Conviene no descuidarse; claro está que ha intentado abrir la puerta; ¡escuchemos!

Y ambos habian subido de puntillas hasta el desvan y aplicaron el oido á la puerta.

La tia Micaela se inclinó hácia el suelo, despues se echó en él con precaucion para no hacer ruido ninguno, y se puso á oir, acercando al piso el oido.

D. Estéban lo aplicó á la cerradura, y de vez en cuando miraba por ella.

Algun tiempo despues notaron que la huéspededa dormia.

La tia Micaela dijo al oido á su amo:

—¿Ha visto Vd. qué insolencia? Acostarse dejando la luz encendida; por fortuna no tardará nada en apagarse, porque tiene poco aceite; pero si no, ya ve Vd., lo menos sube á tres cuartos lo que nos gasta esta noche. ¡Cuando yo le decia á Vd. que con los importunos debe uno estar siempre sordo...!

Una vez seguros de que Emilia dormia profundamente, volvieron amo y criada á bajar á sus habitaciones un poco más tranquilos; pero á pesar de todo el avaro seguia preguntándose:

—¿Para qué habrá intentado abrir la puerta?

No acababa de darse una respuesta á esta interrogacion; por lo tanto, aunque alguna vez lo intentó no logró conciliar el sueño.

Cada ruido que se escuchaba, bien producido por el viento, ó por la lluvia, ó por un insecto cualquiera, ó por un motivo inexplicable, como tambien acontece, abultábase al llegar á sus oidos.

El silbido del viento era por él confundido muchas veces con el ruido que hace una puerta al girar sobre sus goznes; el golpe que ciertas gotas gruesas de lluvia hacian al chocar con la pared exterior, rumor que se percibe perfectamente en medio del misterioso silencio de la noche, se le figuraba el ruido de algun pié cauteloso que se dirigía tal vez hácia el sitio donde se hallaba encerrado el tesoro.

Con tal motivo, y presa de estos temores, se levantó del lecho varias veces, salió con sigilo de su alcoba, fué no sabemos adónde y volvió á su lecho.

Se culpó de ser en extremo confiado; se reconvino por haber intentado dormir aquella noche.

Era lo lógico haber estado sin acostarse y no perder la pista á la huéspededa.

Cuando se levantó definitivamente, subió hasta la puerta del desvan y vió que seguia atrancada.

—¡Vamos, no ha salido! murmuró con cierta satisfaccion y como descargándose de un peso.

Habia pasado la tormenta.

El dia prometia ser hermoso.

Una pálida luz, que era la del alba, empezaba á brillar por oriente rasgando las tinieblas nocturnas.

Ibase con la noche la confusion de la borrasca.

Las sombras de ambas se confundian; las capas de sombra y las nubes tempestuosas iban juntamente puestas en fuga.

El cielo quedaba sereno.

Emilia vió la primera claridad que se dibujaba en él y se dispuso á partir.

Volvió otra vez á la puerta de aquella horrible estancia donde se encontraba y entonces ya la puerta podia abrirse.

Alguno habia subido, sin duda, y quitado el obstáculo que impedia abrir durante la noche.

Emilia lo comprendió todo; desde luego se apercibió de la clase de gente con que se las habia.

Sin embargo, dióse por satisfecha por haber pasado allí la noche, y se decidió á no acordarse más de aquella casa, ni de aquella gente.

Salió de allí al poco tiempo, despues de haber sido objeto por parte de D. Estéban y Micaela de una escrupulosa y detallada observacion.

¿Qué pensarían de ella aquellas dos personas?

El caso es que partió.

Antes de echar por la ventana la bolsa que la alcaldesa la había dado había sustraído de ella una pequeña cantidad para poder pasar los primeros días en Bilbao.

Siguió el camino de esta población, que ya estaba bien cerca, á la que llegaría con la primera luz de la mañana, y perdió de vista aquella casa que durante la noche le había servido de refugio.

Antes de salir Emilia de la casa del avaro había mediado entre estos dos el diálogo siguiente, intercalado con algunas interrupciones de la tía Micaela.

D. Estéban preguntaba, y Emilia no hacía nada más que contestar.

Más bien que un particular que alojaba á un viajero, parecía un inspector de policía que examinaba á un delincuente.

—¿Cómo es que pasaba Vd. anoche por este camino? Este camino no conduce más que á algunas huertas que hay monte arriba, y á una aldea que desde esa altura se ve perfectamente en la hondonada de aquel valle.

—Venía de Somorrostro.

—¿De Somorrostro?

—Sí.

—¿Y hacía dónde iba Vd.?

—Hacia Bilbao.

—Para ir de Somorrostro á Bilbao no hace falta entrar por este camino; el más corto es por la carretera.

—Es cierto, pero como la tempestad se me echaba encima y llevaba mi pobre criaturita en brazos, y como no sabía dónde meterme, porque Baracaldo aun estaba bastante

lejos, al ver de repente una luz por aquí á través de los árboles, la tomé por guía y me dirigí hacia ella; un caminante que bajaba de la selva, un leñador me indicó que era tiempo perdido llamar á esta casa, pues no me abrirían, porque no acostumbraban á abrir á nadie: casi estuve por volverme; pero me dije: no, adelante; tal vez tengan buen corazón. Ya ven Vds. que no me he engañado.

—Y ese niño, ¿es de Vd.?

—Sí.

—Luego ¿es Vd. casada?

Emilia, por toda contestación, bajó la frente hacia el suelo sin poder contener una expresión amarga.

El avaro insistió:

—¿Cómo su esposo la permite andar así sola por esos caminos?

Emilia tampoco contestó.

D. Estéban tomó acta de aquel silencio.

Después dijo intencionadamente:

—Vamos, es Vd. viuda...

—Sí, señor.

Y Emilia se enjugó una lágrima. Mintió por primera vez.

—¿De qué familia de Somorrostro es Vd.? Yo conozco á todas las familias de ese pueblo.

Emilia se vió en un aprieto y tuvo que decir:

—Vengo de Somorrostro como he dicho; pero soy de Castro-Urdiales...

—¿Y con quién estaba Vd. en Somorrostro?

—Con la familia del alcalde.

—¡Ah...! ¿De qué vive Vd.?

—De mi trabajo.

—¿Qué va Vd. á hacer en Bilbao?

—Trabajar tambien.

—¿Y á qué casa va Vd. á trabajar.

—A la que encuentre.

A D. Estéban no le satisfizo mucho esta contestacion.

Micaela hizo notar:

—¿Va Vd. así sola á Bilbao sin tener casa buscada?

—Sí.

—¡Malo...! murmuró la vieja al oido de D. Estéban.

—¿Y ese dinero que Vd. tenia...?

—Pero, señores, ¿por quién me toman Vds.? ¿Me toman por alguna ladrona, por alguna mala mujer...? Pues han de saber que no lo soy. ¡Ya que me han hecho un beneficio esta noche, no me lastimen ahora con sospechas que están bien lejos de ser realidades...!

—¡Vaya, qué humos! murmuró la vieja entre dientes, ó mejor dicho entre encías, pues ya no le quedaba diente ninguno.

Cuando Emilia se hubo marchado, al verla alejarse, amo y criada conversaban así:

—Señor, me da esta mujer mala espina.

—Lo que es sus contestaciones no me han tranquilizado mucho.

—No tranquilizarian á nadie.

—En verdad que no.

—El caso es que no ha llegado á decir cuál es su familia.

—Al principio queria pasar por casada.

—¡Toma! ¡y despues por viuda!

—De seguro que no es ni lo uno ni lo otro.

—A mí eso me pareció desde el principio.

—Debe ser alguna mujer perdida.

—¡Claro! ¡qué duda cabe!

—Una vagabunda...

—Lo que me extraña á mí es que nos haya dado tanto dinero por dejarla dormir en casa una sola noche. Al irse no se ha atrevido á pedirnoslo. Habrá conocido que no se lo habíamos de devolver.

—En mi entender, ese dinero es robado.

—Es lo más probable.

—Lo habrá robado, y como la perseguirian, por eso ha venido á buscar un refugio en nuestra casa.

—Entonces no nos ha dado nada de más; ya vale veinticinco duros el librarse de la pena de presidio.

—¡Justo! ¡eso es! ¡lo que nos figuramos! ¿A quién se le ocurre caminar de noche á pié? Precisamente por este país bien cortas son las distancias.

—Para ir de Somorrostro á Bilbao no hacía falta andar á estas horas; aunque hubiera salido al mediodia y fuese bien despacio podia llegar á Bilbao de dia claro.

—¡Bah! pero al que trata de ocultarse no le gusta la luz.

—¡Eso es! ¿A qué discurremos más?

—¡Miren la harapienta! ¡ir á pagar quinientos reales por dormir aquí una noche...!

—Para pagar de esa manera gran interés tenia en ello.

—¡Si habrá venido á reconocer la casa para proyectar un robo! se le ocurrió de repente al avaro.

—Otras cosas más difíciles habria.

—¡Oh! ¡Si eso fuera cierto...!

—Pues hay que andar con mucho cuidado estos dias, no se nos tienda un lazo.

—¿Y qué se le figura á Vd., tia Micaela, que ha sido aquel ruido que poco despues de acostarse esa mujer oimos en la puerta del desvan...? Aquel ruido me trae á mí preocupado todavía.

—¿Para qué dudar que intentó abrir?

—Si no, la puerta sola no hubiera crujido; señal de que la forzaban.

—Pero la cuestión no es saber si ha intentado abrir; en que intentó hacerlo estamos conformes; el caso es saber si lo logró.

—No las tengo todas conmigo... Oiga Vd., tia Micaela, váyase á misa; ¿no oye cómo tocan en Baracaldo? A ver si llega á la misa de alba.

—Efectivamente, están tocando; voy á ir.

—Ande Vd. ligera, pues si no es fácil que no llegue.

—Tiene Vd. razon; con estas cosas se olvida una de los principales deberes.

—En cuanto Vd. vuelva á casa iré yo, á ver si llego á la de ocho.

Fácil hubiera sido adivinar una mirada intencionada y maliciosa en los ojos de la tia Micaela.

Poco despues de trascurrido el diálogo anterior, y cuando la vieja iba ya camino de la iglesia, el avaro, despues de atrancar bien la puerta por donde la tia Micaela habia salido, se precipitó con rapidez hácia el extremo más oscuro de la bodega del edificio.

Aquello era más bien una cueva.

Escarbó en el suelo con sus piés primero y luego con sus manos, y á medida que iba avanzando en su obra parecia inmutarse cada vez más.

Alguna novedad encontraba allí.

En efecto, la tierra estaba removida.

Respiraba con ánsia y parecian dominarle la esperanza y el temor al mismo tiempo.

Siguió trabajando con más ahinco.

El agujero se iba ahondando.

Por fin hubo un momento supremo.

Una trasformacion horrible se llevaba á cabo en el rostro de D. Estéban.

¿Qué es lo que habia ocurrido?

¡Ah! Habia sido robado.

En aquel sitio estaba su tesoro, es verdad.

Allí tocaba los cartuchos de onzas y ochentines de oro, pero no habia para qué dudar que alguna otra mano que la de su dueño los habia removido.

¿Qué mano podria ser aquella?

Fué poco á poco sacando á la luz todos los paquetes de monedas que formaban su tesoro, y una vez que hubo terminado esta tarea se puso á contarlos.

Habia una circunstancia que no dejaba la mas mínima duda de que alguna mano traidora habia penetrado en aquel escondrijo que D. Estéban creia ignorado para todo el mundo. Estaba roto el papel de uno de los cartuchos y las monedas se vertian por el suelo.

En cuanto se repuso de la primera impresion, exclamó en un tono lleno á la vez de desesperacion y de amargura:

—¡Oh! Ya se me figuraba á mí que la huéspeda de anoche nos habia de traer algo malo. ¡Naturalmente! ¡Si esto debia haberlo comprendido antes! ¡Si á la fuerza tiene que llevar mala idea á una casa una persona que da quinientos reales

por dormir en ella una noche! Es claro, ¿qué le importaba dar quinientos reales si habia de llevarse cinco, diez ó quince veces más? ¡Si soy un nécio! Bien me decia la tia Micaela: ¡ándese Vd. con cuidado, D. Estéban, ándese Vd. con cuidado...!

Cuando fué serenándose más, volvió á exclamar:

—Méenos malo, no ha debido llevarse mucho; ¡cosa más rara! lo he contado bien, estoy seguro; no echo de ménos más que una onza en este paquete; lo demás está justo, no hay que darle vueltas. Por más que cuento y miro no me falta más que una onza. ¡Vive Dios, que no lo entiendo! ¡Qué por robar una onza de oro se dén veinticinco duros y se corra el peligro de ser sorprendido *infraganti*! ¡Es una cosa inexplicable! ¡Es incomprendible!

Después de un rato, y cuando habia ya contado lo ménos por tres veces su dinero, se dió una palmada en la frente y murmuró con la satisfaccion de un hombre que resuelve un problema:

—¡Ahora caigo en ello! ¡Ya supongo lo que es! es decir, no lo supongo, sé lo que es; ¡tonto de mí! ¡y yo que discurría...! Cuando empezaba á cometer el delito, creyó por cualquier indicio ser sorprendida esa hipócrita ladrona y no llegó á llevar á cabo su accion; lo que ella querria, fácil es comprender que era robármelo todo, ¿quién lo duda? ¿Y cómo sabria el escondite? Esto es peligroso; ¿de qué medio se habrá valido para averiguarlo? Ya sabia ella lo que se hacia; venia á cosa hecha; esto, por mi nombre que no ha de quedar así; esa infame tiene que pagar su delito; daré parte, sí; pues qué, ¿no se ha de castigar á quien intenta cometer un robo? Y mucho más de una manera semejante. Sí, caerá

en manos de la justicia; la haré sentir el peso de la ley; nada debiera castigarse tanto como el robo; eso de estar todo hombre de bien expuesto á que el primer vagabundo que pase le arrebate á uno las riquezas que posee, gracias á su trabajo, gracias al sudor de su rostro, ¡eso es atroz! Hay que escarmentar á esas gentes siempre que se pueda.

Después de esta série de palabras que brotaban de sus labios como una erupcion precipitada y desordenadamente, se dijo con alguna más calma, pasada una breve pausa que empleó en contemplar su ídolo:

—Ahora el problema es otro; ese es el caso; ha sido acertado el escondite; ¿y qué hago yo ahora? ¿Dónde oculto mi dinero? Seria una temeridad dejarlo en el mismo sitio. Pero ¿cómo se habrá sabido? ¡Si es cosa de volverse uno loco...! ¡Ah! ya sé otro nuevo sitio; lo esconderé en un agujero que hay bastante alto y disimulado en una pared del segundo piso. Sí, sí, justo; allí estará perfectamente; lo que es aquí no vuelvo á guardarlo más; por supuesto que en adelante, ni con memoriales logrará nadie entrar en esta casa; es mejor vivir prevenido. ¡Vaya!

Y subió con sus riquezas al segundo piso, colocándolas en el aludido agujero.

Cuando la tia Micaela volvió de misa, entre amo y sirvienta tuvo lugar esta conversacion:

—Tia Micaela...

—¿Qué es?

—Oiga Vd.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre algo grave...

—¿Grave?

- Sí.
- Diga Vd. pues.
- La huéspedea de anoche...
- ¡Vamos! algo ha hecho la huéspedea de anoche...
- ¡Bien decia Vd.!
- Estoy impaciente; dígame lo que ha hecho; ¿eran falsas las monedas de cinco duros?
- No.
- ¿Nos ha metido en algun compromiso?
- No es eso...
- Pues ¿qué es?
- Nos ha robado.
- ¿Robado? ¿qué dice Vd.?
- Como lo oye.
- ¡Ah! ¡lo que yo decia! ¡Si no hay que fiarse de nadie!
- ¿Por qué la abríamos, tia Micaela?
- Pero ¿cómo ha podido...? ¿Qué se ha llevado? ¡Sáqueme Vd. de este susto! ¿Se ha llevado ropas, ó alhajas, ó dinero?
- Dinero.
- Pues ¿dónde diablos lo teniais?
- Lejos de donde ella dormia.
- ¿Y cómo se ha compuesto entonces?
- Eso es lo que yo digo.
- La tranca estaba esta mañana echada.
- Ya lo ví.
- Y era imposible abrir desde adentro la puerta del desvan.
- Eso nos pareció, por lo menos...
- ¡Oh! ¡qué infame...!
- ¡Sí que lo es!

- ¿Y se ha llevado mucho?
- Menos de lo que nos dió; una onza.
- ¡Se habrá llevado más! Lo que es por eso solo no se habrá expuesto, habiéndonos dado ella quinientos reales.
- Vd., tia Micaela, no da en ello, pero yo lo comprendo eso muy bien; cuando empezaba á cometer el delito se creyó sorprendida y se frustró su atentado...
- Pudiera ser; de seguro que ha acertado Vd., señor don Estéban...
- En fin, una onza no es mucho; buen temblor me acometió al principio.
- Pero es igual; la intencion se ve bien.
- Eso sí, ¡por poco nos arruina, si se encuentra con serenidad para cargar con todo el dinero...!
- Dios no lo ha querido...
- En medio de todo he tenido suerte...
- Cada vez me alegro más que Vd. no me haya dicho el sitio donde está su dinero. ¡Oh! ¡no me lo diga nunca! ¡Qué gran descanso para mí! ¡Qué pesadilla... si Vd. me hubiera hecho sabedora del secreto...! ¡Podria Vd. figurarse que habia sido yo...!
- ¡Calle Vd. por Dios! Eso, ¡ni pensarlo...! ¡Ya le he de buscar yo las vueltas á esa ladrona...! ¡Pero muy pronto!
-
- ¿Qué iba á ser de Emilia?

LIBRO SEGUNDO.

LAS HECES DE LA AMARGURA.

CAPITULO PRIMERO.

El mal varía de fase.

Mientras tenia lugar el diálogo anterior, una mujer caminaba solitaria en direccion á Bilbao.

La brisa de la mañana era apacible. En el cielo iban borrandose las oscuras sombras que aun vagaban dispersas, restos de la noche que tan tristes recuerdos dejaba en la mente de Emilia; la vegetacion resplandecia á los rayos del sol naciente, y algunas gotas de lluvia rezagadas que parecian perlas titilaban en las reverdecidas hojas.

Habia dejado la viajera á su espalda, ya á bastante distancia, el pueblo de Baracaldo, y pocos minutos le faltaban para llegar á Bilbao. A pesar de haber sido corta la jornada, dominábale cierto cansancio.

Varias veces besó la faz de su hijo, y al posar sus húmedos labios en aquel dulce rostro un rayo de consuelo parecia reflejarse en él.

—¡Pobre hijo mio! murmuraba de vez en cuando. ¿Qué será de tí?

El niño solo respondía á estas reflexiones de su madre con una sonrisa de ángel.

Y la madre entonces veía aclararse, á la luz que brotaba del inocente rostro, su oscuro porvenir.

El sol iba levantándose más. Ya era de dia bien claro cuando Emilia llegaba á la entrada del puente Nuevo; paróse un momento á la sombra de unos nogales que habia junto á un caserío, y allí descansó.

Sentia al mismo tiempo cierta satisfaccion y cierto temor. ¿Temor de qué? ¿Qué habia hecho ella? ¿Qué delito habia cometido?

¡Ay! ¡Habia, sin embargo, un fondo amargo en su pecho!

De todos modos felicitábase por haber librado á su hijo de pasar á la intemperie, expuesto al furor de los elementos, la noche borrascosa, y esta era una de las principales causas de su satisfaccion. Era otra el haber llegado ya al fin de su jornada. Una vez en Bilbao acabaria hasta cierto punto su tormento; no del todo, porque eso era imposible. Su tormento consistia en su desgracia; sin embargo, á esta desgracia, grande por sí sola, uníase el desprecio del mundo y la maldicion de la sociedad.

Iba á entrar en una poblacion donde no la conocerian, donde podria fácilmente ocultarse, donde podria vivir independiente con su trabajo en compañía de su hijo, de su pobre hijo, de quien juraba no desprenderse nunca.

Alguna vez pensó en la insistencia del alcalde de Somorrostro, al rogarle que dejase en su poder aquella criatura; agradecialo con toda el alma; pero cada vez se alegraba más

de no haber accedido á aquella súplica. ¿Para qué vivia ella sino para su hijo? ¿En qué consistia su vida sino en tenerlo á su lado y en amarlo? Sí; en eso habia llegado á resumirse su existencia; lo demás le importaba bien poco.

Pensó tambien alguna vez en el dinero que la alcaldesa habia puesto en su poder, y una lágrima de agradecimiento rodó entonces por sus mejillas. ¿Qué habia hecho ella para merecer tales distinciones de aquella familia que ni la conocia siquiera? Ella, una viajera desconocida, con la afrenta impresa en su rostro á la luz del dia, ¿qué merecimientos tenia para haber sido recibida allí con tales distinciones? Habia estado sin cesar obsequiada por aquellas dos nobles personas; habia salido de su desmayo, y se habia encontrado perfectamente asistida en un lecho cómodo; se le habia rogado que permaneciese allí, y de ella habia salido el empeño de alejarse de Somorrostro.

Más de una vez se culpaba de haber procedido de tal manera. Se decia:

—¡Yo he sido una ingrata! Yo he debido quedarme allí, no por mí, sino por el porvenir de mi hijo, y me alejo sin saber adónde. ¡A perderme entre esa sociedad miserable, que no presta consuelo al desgraciado, ni amparo al desvalido!

Despues reparó en lo hermoso de la mañana que nacia. Sus pensamientos tristes fueron desvaneciéndose, como se desvanece el negro vapor de la noche, entre la fresca brisa con que el alba riza las olas del mar. Una vez se dijo:

—Pensemos con calma en nuestra situacion verdadera; yo no tengo tantos motivos para afligirme. ¿Por qué entristecerme? Yo soy trabajadora; yo, diga el mundo lo que quiera, soy honrada, ó por lo menos me lo dice mi conciencia:

yo tengo un hijo á quien adoro; tengo un modo de vivir libre é independiente; lo demás, ¿qué me importa? Es verdad que la maledicencia me ha herido; es verdad que el mundo me ha despreciado; es verdad que se me han cerrado puertas que otras veces se me abrian; que he sido la mofa y el ludibrio de un pueblo cruel. Pero olvidemos todo eso; no quiero pensar más en ello. Tendamos la vista por el nuevo horizonte, que promete ser más risueño que el que queda á mi espalda.

Estuvo contemplando durante algunos instantes en dulce éxtasis aquella débil criatura que llevaba en sus brazos; sentia un regocijo celestial, como jamás habia imaginado. Nadie hubiera dicho que aquella era la mujer que pocos dias antes estaba á dos pasos de la tumba, y á quien la misma desgracia impedia caer en ese abismo insondable. Nadie hubiera dicho que era aquella mujer la que, mientras todos se divertian y gozaban, se hallaba solitaria á la orilla del mar, viendo en las olas un próximo fin á sus dolores. Sin embargo, ¡era ella! Era ella, reanimada por la brisa del consuelo; dichosa porque habia sentido resbalar por su alma el dulce perfume de la piedad y del cariño. Razon, pues, tendria quien dijera que aquella mujer era ya otra; convenimos en ello.

De pronto se levantó, respiró con esa calma con que se respira despues que se ha terminado un trabajo largo y enojoso, enjugó en su frente algunas gotas de sudor que resbalaban por ella y echó á andar hácia la entrada del puente Nuevo.

No era entonces aquella parte de Bilbao lo que es hoy. Hoy magníficas quintas de recreo rodeadas de jardines se elevan allí, formando el encanto de cuantos habitan durante

la primavera y el verano aquellas deliciosas mansiones; hoy un pueblo industrioso se levanta allí, reflejándose en la tranquila ria que baña la próxima ribera. Entonces no existia nada de esto; solo habia por un lado y otro verde follaje, que llenaba el camino de sombra y de frescura, follaje donde los pájaros hacian sus nidos y dejaban oir sus inimitables gorjeos.

Emilia llegó al puente, pagó su cuarto, segun costumbre, al encargado de esta exígua contribucion, que hasta hace poco veíanse obligados á pagar cuantos entraban en la capital de Vizcaya por aquel sitio. Entonces fué cuando reparó en lo poco que le restaba de la cantidad que tan generosamente habia colocado Rafaela en su equipaje. Se acordó del avaro, en cuya casa habia encontrado un albergue la noche anterior, y pensó con amargura, no en los quinientos reales que habia dejado en aquella casa, sino en que hubiera séres tan miserables que viviesen explotando la desgracia, lo mismo que el vampiro vive chupando la sangre de sus víctimas.

Contó lo poco que le restaba y vió que su caudal habia quedado reducido á la exígua cantidad de treinta reales próximamente, y entonces un sudor frio se apoderó de todo su cuerpo. Con el dinero que habia sacado de Somorrostro podia subsistir mucho más de un mes y buscar trabajo tranquilamente, tratando de aprovechar las mejores proposiciones que se le presentasen; pero ¡con treinta reales! ¡Oh! Entonces no podia ménos de maldecir á aquel hombre. Con treinta reales apenas tendria para pasar una semana, y bien miserablemente por cierto, por más que no tuviese grandes gastos. No obstante, la esperanza la consoló algun tanto.

—Yo, que sé coser y bordar con primor; yo, que soy trabajadora, ¿no he de encontrar antes de dos días un sitio donde ocuparme con algún lucro?

El caso es que entraba en Bilbao alegre. Una vez reparó que era de día, y se acordó de que ella se había propuesto entrar allí de noche; pero teniendo en cuenta cuál era su fin al haber determinado entrar de noche, valía tanto el hacerlo á la hora en que llegaba. Ella temía encontrarse con conocidos importunos que divulgasen en seguida su presencia allí, y esto lo conseguía también entrando á aquella primera hora del día, en que apenas transitaba gente por las calles.

Bajó al Arenal, y al ir á penetrar por el laberinto de calles que en él desembocan, volvió la cabeza hácia un lado y notó que una persona le miraba. Al principio no hizo caso de ello; pero volvió á fijarse otra vez y conoció que aquella persona le miraba con más fijeza. Entonces, lo que al principio había sido indiferencia se tornó curiosidad; después la curiosidad se convirtió en turbación.

Siguió andando con cierto temor, y procurando no volver más la cabeza ni alzar los ojos del suelo, y al cabo notó que alguno se encaminaba hácia ella; poco después se cercioró de que un hombre la seguía. ¿Qué es lo que quería? Emilia no sabía explicárselo; pero sentía un temor profundo, á pesar de no tener por qué huir ni haber cometido ningún delito.

Después oyó que le hablaban; se paró sin saber lo que hacía, miró á su interlocutor y reconoció en él á un agente de la policía municipal.

—¿De dónde viene Vd., señora?

Emilia sintió al oír esto una herida en su pecho.

—¿Qué? ¿No me responde Vd? Le he preguntado de dónde viene.

—¿Qué de dónde vengo...?

—Lo he dicho ya dos veces.

—Pues vengo...

—¿Qué? ¿Ya se le ha olvidado el nombre del pueblo de que ha salido? ¡Pues no es Vd. poco flaca de memoria!

—Vengo de Baracaldo.

—¿De Baracaldo?

—Sí; de Baracaldo; como Vd. lo oye.

—¡Ya! ¡Difícil sería venir por este camino sin haber pasado por ese pueblo! Vendrá Vd. de algo más lejos. ¿No es verdad?

A Emilia se le encendió el rostro; su temor iba haciéndose cada vez más profundo.

—Con que, ¡vamos á ver! ¿Cuál es el punto de partida? Necesito saberlo... Ya ve Vd. que no hago más que cumplir con mi deber; si es Vd. inocente, ¿qué le importa decirme de dónde viene? Y si no es inocente, de poco le servirá ocultármelo; con que, despachemos pronto. ¡No lo tome Vd. á ofensa; vuelvo á repetir que no hago más que cumplir con mi deber!

—Pues vengo de Somorrostro.

—¡Ya! ¿De Somorrostro?

—Sí.

—¡Vamos á ver! Alargue Vd. un poco más el camino. ¡A que viene Vd. de un sitio que está algo más lejos!

—Puedo asegurar á Vd. que vengo de Somorrostro; no le engaño; créame. ¡Por Dios! ¡no me tome por una delincuente!

El policía dibujó en sus labios una sonrisa amarga; después soltó una carcajada.

—Hay infelices que creen que con palabras de lástima se apiada á la justicia; es un error: la justicia es inflexible; la autoridad no cede por lloriqueos; con que le advierto á usted que pierde miserablemente el tiempo si cree que me va á convencer porque ponga á Dios por testigo. El Dios de la tierra es la justicia quien le representa, porque la justicia es una entidad, es la autoridad, y quien representa á la autoridad es la policía; de modo que aquí no hay más Dios que yo. ¿Le gusta á Vd. el silogismo?

—Le juro á Vd. que vengo de Somorrostro; puede Vd. informarse y preguntar al señor José María, que es el alcalde, en cuya casa he estado.

—Bien, conforme; no insisto en eso. Vd. es muy dueña de haber estado allí; pero, vamos á ver, antes de haber estado en casa del alcalde de ese pueblo, ¿de dónde habia salido Vd.?

—¡Señor...!

—¡Vamos á ver! No crea Vd. que yo tengo el tiempo para gastarlo en contemplaciones.

—De Castro-Urdiales.

—¿No lo decia yo? ¡Pues si eso es precisamente lo que yo iba buscando! ¿Ve Vd. como es una tontería andarse con rodeos? ¡Si cuando yo le decia á Vd. que despachásemos pronto mis razones tendria para ello! A mí no me gusta entretener á la gente con esperanzas; por eso me voy siempre al bulto. Con que, ¡vamos, buena mujer, tenga Vd. la bondad de seguirme!

—¡Seguirle! ¿Pero por qué? ¡Por Dios! ¡Si yo no he he-

cho nada! ¿De qué me acusan? ¡Por Dios, hágame Vd. el favor de decírmelo! ¡Por el hijo que llevo en mis brazos, que yo soy inocente de todo delito! ¡Que yo no he hecho nada, se lo aseguro á Vd.! ¡Se lo repito otra vez...!

—Basta de palabras. Le he dicho á Vd. que me siga.

—¡Pero á Vd. le han engañado! ¿Qué es esto? ¡Yo me voy á volver loca! ¡Si soy una mujer inocente! ¡Si no he hecho daño á nadie! ¡Si yo vengo á trabajar, porque yo he sido siempre trabajadora, he vivido con el sudor de mi frente...! ¡Tenga Vd. compasion! ¡Comprenda la situacion en que me hallo!

—Si Vd. no me obedece, me veré precisado á tomar otra determinacion. ¡Le digo por última vez que me siga! Si no va Vd. de buena voluntad donde yo la lleve, irá por fuerza; con que, por su bien, sígame, y dejémonos de tonterías.

Emilia, de encendido que tenia el rostro como por una llama interior, le mostró pálido de repente y como helado; la respiracion se le cortó. Más bien hubiérase dicho que era una estatua que una mujer á quien la policía prendia en sus redes. Aquella expresion animada que mostraba al descansar junto el caserío cercano al puente habia desaparecido, como desaparece la luz de una aurora que aborta y se trueca en densa noche, producida por las inmensas alas de la tormenta, que se ciernen en el infinito. Aquello era un dia de primavera, que se veia nublado de improviso por una nube traidora; era un eclipse del sol cuando iba ascendiendo radiante y esplendoroso á su cénit.

Emilia siguió á su interlocutor más bien por máquina que por voluntad propia; no sabia lo que le pasaba. Habíase desvanecido aquel sueño sonriente que habia embebido su alma